This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

789
G984
d

JUAN SCHÜRER-STOLLE, EDITOR
248, Calle Bolivar, 260
Buenos Aires

UNA DEMANDA CURIOSA

POR

EDUARDO GUTIERREZ

OBRA INÉDITA

1899

YB 43518

SCHÜRER-STOLLE, BS. AS

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

789
G984
d

UNA DEMANDA CURIOSA

UNIV. OF
CALIFORNIA

EDUARDO GUTIERREZ

UNA

DEMANDA CURIOSA

POR

UNIV. OF CALIFORNIA

EDUARDO GUTIÉRREZ

OBRA INÉDITA

BUENOS AIRES

CASA EDITORA, JUAN SCHÜRER-STOLLE, BOLÍVAR 260

1899

PRESERVATION
COPY ADDED
mlf 5/06/91

UNIV. OF
CALIFORNIA

Es propiedad del editor

Imprenta y Encuadernación de Juan Schürer-Stolle, Bolívar 260. Bs. As.

UNA DEMANDA CURIOSA

Ante el juzgado del laborioso doctor Cárlos Molina Arrotea, se presentaba hace muy poco tiempo el ciudadano Juan Suero, con la más original de las demandas, y con el peor zurcido de los escritos.

Suero reclamaba al digno juez Molina, le hiciera entregar sobre tablas su hija menor Cecilia, bella y gentil criatura, que, cediendo á los consejos de un pérfido amante, había abandonado el hogar paterno, aprovechando el momento en que todos dormían.

Planteada así la demanda, hubiera sido un simple caso policial, siendo el jefe de policía ante quien Suero debía ocurrir.

Pero es el caso que el escrito tenía una segunda parte de todos los diablos.

Hallado el paradero de la menor Cecilia, el defensor de menores, á quien ocurrió primero, la había depositado

723140

en la santa Casa de Ejercicios, y á su disposición, negándose á restituirla al hogar paterno, lo que era un acto de monstruosa inhumanidad.

El defensor de menores no puede privarme de mis derechos paternales, sino en el caso de tratamientos bárbaros, decía Suero en su escrito, y yo he tratado siempre á mi hija con un cariño excesivo y abnegado.

Una sola vez, una sola vez le dí una cachetada, pero esto fué porque ella, con una altanería insoportable, se obstinó en negarme sus relaciones ilícitas y criminales con su hermano.

El defensor de menores cree que ésta es una razón suficiente para privarme de mis derechos de padre, y sin más trámite encierra á la gentil Cecilia en los Ejercicios, bajo el pretexto de que yo la he tratado mal y de que pronto va á dar á luz el fruto de su crimen, razón que por sí sola bastaría para que se me entregara mi hija, que más que nunca necesita los cuidados de una madre cariñosa y de un padre que ha cumplido siempre para con ella con todos sus deberes, con excesivo amor y abnegación tal, que llega hasta el sacrificio de cargar con la deshonra que ella introdujo al hogar paterno.

Suero, después de esta dramática exposición de que hubiera sacado un gran partido un abogado de imaginación, pedía al Dr. Molina ordenase le fuera entregada su hija menor Cecilia, y apercibido duramente el defensor de

menores que se hacía cómplice de un incesto y violaba de una manera inícua sus derechos de padre.

El escrito no tenía la firma del abogado que lo había confeccionado, pues, indudablemente, aunque era trivial y en algunos puntos macarrónico, él pertenecía á la pluma de un abogado.

Se trataba aquí de un simple caso de demencia, ó realmente se trataba de un incesto patrocinado por el defensor de menores, lo que no era admisible en manera alguna.

El doctor Molina Arrotea, jóven magistrado más penetrante que un bisturí en manos de Pirovano, y de una vista de águila para vislumbrar lo que se encierra en el fondo de un primer escrito, pensó que algo de todo esto junto había en la demanda interpuesta por Suero, y resolvió escuchar lo que decía la casuina ó el requesón, que era la parte contraria, y el requesón de Suero, en este caso, venía á ser el defensor de menores, primer acusado de cómplice y tapadera en el incesto.

El secretario que debía actuar en tan curiosa demanda, era el señor Raggio, verdadero rayo á cuyo relámpago no ha habido hasta ahora testigo falso que haya permanecido tranquilo.

El juez resolvió hacer conocer la demanda de Suero á Requesón, es decir, al defensor de menores; y el secretario Raggio, cayó como una verdadera descarga eléctrica

sobre el asesor de menores, doctor Pizarro, de quien debía haberse aconsejado el defensor para proceder.

El doctor Pizarro, tenía, según parece, sus motivos especiales para no creer en el incesto; es decir, que el amante de Cecilia fuera su hermano, y otros muy poderosos para pensar que Suero era más agrio que un limón, que había dado á su hija tratamientos de soldado de línea, y, por consiguiente, que había obrado dentro de sus facultades al depositar en la casa de Ejercicios á la bella y gentil Cecilia.

El asesor pedía al juez se sirviera decretar un juicio verbal, á lo que accedió el doctor Molina Arrotea, preparándose, sin duda, á pasar un momento risueño; pues creemos que la gravedad y rectitud de un magistrado, no están reñidas con las cosquillas que cada mortal aloja en sus matambres.

El juez debía presidir el juicio verbal, como un verdadero Júpiter; pues no le faltaba ni el rayo, que en la persona de su laborioso secretario Raggio, lanzaría sobre el que apareciera culpable.

La causa debía despertar, por otra parte, todo el interés que en sí encerraba, en un jóven de la labor y el estudio de Molina Arrotea; así es que Suero, podía estar seguro que, si tenía razón, la Casuina sería condenada con costas, pasándose entónces la causa al juez del crimen, que era el llamado á resolver el grave delito de que

se acusaba al hermano de Cecilia y á su cómplice el defensor de menores.

Era el día señalado por el juez para que tuviera lugar el juicio verbal. Comparecieron Suero y Casimiro, es decir, el padre de Cecilia y el asesor de menores, á quienes esperaba el juez poderlos reducir á su primitivo é inofensivo estado de leche.

Y fué en este juicio verbal donde empezó á desarrollarse este drama amoroso judicial, que hemos considerado digno de ocupar con él algunos mometos al lector, por la infinidad de episodios cómicos de que está lleno, y su inesperado desenlace.

II

Suero, expuso que su hija Cecilia había sido seducida por el individuo Lucio Baldovino, que pretendía casarse con ella, á lo que él se había opuesto redondamente, porque el tal Lucio Baldovino, era hijo de su consorte, en su primer matrimonio con el señor Baldovino; y, por consiguiente, hermano de su hija Cecilia, fruto de su unión con la viuda del referido padre de Lucio.

Lucio sabía que era hermano de Cecilia, como lo sabía ésta; pero la seducción se había consumado, al extremo de que su desventurada hija se hallaba próxima á ser madre.

En vez de arrepentirse de su crimen, aquel criminal miserable, persistiendo en sus infames intenciones, había hecho huir á Cecilia de su casa para casarse con ella.

Yo me presenté al defensor de menores, agregaba Suero, para que me ayudara á salvar á mi hija de un crimen odioso, volviéndola al hogar que había abandonado.

Pero, el defensor de menores, desoyendo mis súplicas y las lágrimas de una pobre madre desolada, depositó á mi hija en los Ejercicios, y se convierte así en padrino del criminal, pretendiendo que debo dejar consumar un crimen penado por las leyes humanas y divinas.

Mi hija es hermana de su amante, señor juez; y yo, como mi esposa, debemos impedir la realización de esta monstruosidad, á costa de los mayores sacrificios.

Y el hombre, conmovido de una manera profunda, enjugaba las lágrimas que el dolor hacía afluir á sus ojos,

Lo risueño que podía tener la demanda, desaparecía ante la tragedia conmovedora sencillamente expuesta por aquel padre desventurado.

¿Qué móvil podía llevarlo á hacer exposición tan tremenda, si ella no era rigurosamente exacta?

¿Cómo la madre de ambos jóvenes no había de estar perfectamente segura de que los dos jóvenes amantes eran sus propios hijos?

La demanda tomaba un giro gravísimo y el interés del magistrado crecía á medida que Suero hablaba.

Cuando yo me apercibí de los amores de los hermanos, gimió Suero, mi hija los negó.

Pero habiendo insistido, por la seguridad que yo tenía, mi desventurada hija los confesó al fin, agregando que se quería casar con Lucio, que era su único amor sobre la tierra.

No tuve más remedio que revelarla la verdad para hácela desistir de su empeño criminal, y se la revelé sin vacilar.

¡Amarga fué la desventura de aquella pobre niña cuando supo que Lucio era su hermano!

Llorando con inmensa amargura é inclinando su bello semblante hasta ocultarlo en el pecho de su madre, reveló entónces todo lo terrible de su situación tremenda; ¡era la amante de su hermano y llevaba ya en su seno el fruto de aquel crimen abominable!

La pobre madre creyó enloquecer de dolor, al escuchar la narración que yo le hacía y resolvimos poner todo nuestro esfuerzo para consolar la desventura de la pobre y amable niña, que, desde que supo que Lucio era su hermano, cayó en un estado de melancolía profunda que concluyó por aterrarnos.

Un día Cecilia amaneció tan alegre como antes de los sucesos que he narrado.

Su semblante marchito y pálido había recobrado sus bellos colores.

Bajo la piel fina y purísima se veía círcular la sangre en toda la fuerza de su verdosa juventud.

Cecilia cantaba, reía y se mostraba completamente feliz.

Aquel cambio no podía haberse producido si no en virtud de alguna entrevista tenida con Lucio, en la cual éste hubiera destruído todo cuanto nosotros le habíamos dicho, volviendo la felicidad y la esperanza á su alma apasionada y dolorida.

Los amantes se habían visto, siguieron viéndose, fuera de toda duda, y era preciso impedir que aquellas entrevistas se realizaran de nuevo para evitar serios y graves disgustos en lo sucesivo.

De acuerdo con mi desolada esposa, resolví dar cuenta á la autoridad de lo que sucedía, para que impidiera á Lucio acercarse á mi casa; pero estaba de Dios que habíamos de apurar el martirio hasta su último trance.

Al día siguiente me levanté con ánimo de hacer aquella diligencia urgente á primera hora, pero era ya demasiado tarde.

Indudablemente la desventurada niña había huido de casa siguiendo á su amante, á su hermano criminal é infame, cuyo indudable propósito era unirse á ésta en matrimonio.

Tratando entónces de ganar todo el tiempo que me fuera posible, me presenté á la autoridad policial, á la

que dí los datos necesarios para la captura de mi pobre hija y restitución al hogar, viendo en seguida al defensor de menores para que la amparase en su horrible desventura.

La policía dió bien pronto con su paradero, arrancándola á la infamia que se le preparaba; pero con gran asombro mío, el defensor de menores, con quién habían hablado los dos amantes, depositó á mi hija en los Ejercicios, diciéndome que era necesario casarlos para encubrir la deshonra de la jóven.

—Pero, ¡si son hermanos! grité horrorizado; y más horrorizado todavía, escuché esta respuesta inesperada.

—No son hermanos y es preciso que se casen.

No habiendo razón ni evidencia capaz de convencer á este funcionario y aterrado ante el crimen que este quiere apadrinar, me presenté á pedir justicia para que se impida este acto monstruoso y se castigue severamente á su autor y á su cómplice aquí presente.

III

Suero no estaba loco; sobre esto no había duda, por consiguiente, su exposición tenía toda la fuerza de verdad que le daba su condición de padre de la jóven y padrastro del amante.

Allí no había más interés que el de evitar un crimen

horrible, librándose él mismo de toda responsabilidad con el paso que daba.

¿Cómo es que el ministerio de menores se había mezclado en este asunto para proteger un crimen, á pesar de todos los antecedentes y datos que aquel padre había puesto en su conocimiento?

Según lo narrado por Suero, parecía indudable que Lucio era su hijastro, y entónces el ministerio de menores aparecía desempeñando un rol odioso y criminal á todas luces.

— El ministerio de menores tiene un empeño formal en no devolverme mi hija Cecilia, había dicho Suero, lanzando así su acusación terrible, y para ello el ministerio de menores no trepida en hacerse cómplice del crimen.

Era preciso ante todo levantar el último cargo, por ser el más pesado que contra el ministerio de menores se había pronunciado.

El asesor, doctor Pizarro, había escuchado con serenidad y altura todo cuanto había dicho Suero, sin interrumpirlo una sola vez.

En su semblante impasible y severo, se veía que el doctor Pizarro no creía que Suero estuviera loco, si no que era simplemente un malvado, un malvado capaz de echar mano de todas las mentiras para lograr un propósito.

Y así lo manifestó al doctor Molina desde sus primeras palabras.

Ese hombre no es loco, como á primera vista parece, si no un bribón, que para impedir el matrimonio de su hija, por razones que la defensoría de menores no ha creído del caso averiguar, ha supuesto un crimen infame y se ha valido de la más torpe calumnia, calumnia que va á ser destruída con la misma facilidad que ella ha sido fraguada.

Por las mismas denuncias que Suero ha hecho aquí, cuando su hija Cecilia huyó de su hogar, el defensor de menores se mezcló en el asunto llamando á su presencia á la jóven, una vez que la autoridad policial la redujo á prisión.

Amonestada por su conducta incalificable y por haber huído con un novio á pesar de saber que era su hermano, la pobre jóven, avergonzada, pero digna; respondió que ella no había huído con un hermano, porque no lo era á pesar de lo que su padre decía, si no con su novio, y que se había visto obligada á huir para cubrir su falta con el matrimonio, á lo que este hombre se ofrecía.

Me consta que Lucio no es mi hermano, agregaba, porque él me ha convencido de ello y creo entónces que no tengo porque arrepentirme de haber huído de mi casa.

La negativa de Cecilia no podía destruir en nada lo que su padre había manifestado.

Era natural que la jóven mintiera para encubrir su falta, ó que lo hiciera inocentemente, engañada por Lucio, sobre quien debía caer toda la responsabilidad del hecho monstruoso revelado por Suero.

Para averiguar la verdad el ministerio necesitaba usar de cierto procedimiento, por lo cual intimó á Cecilia, regresara al hogar de sus padres.

— Yo no puedo volver á casa de mi padre porque allí se me mata á golpes, y estos tratamientos crueles pueden tener para mi consecuencias tremendas en el estado en que me hallo.

Mi padre quiere convencerme á fuerzas de golpes de que Lucio es mi hermano, para separarme de él y como esto no es posible, tanto me golpeará que concluirá por matarnos.

Y la pobre jóven rompió á llorar de una manera conmovedora, después de haber mostrado en su cuerpo y rostro, señales evidentes de recientes golpes.

El jóven Lucio Baldovino, novio de la jóven y hermano, según Suero, compareció también ante el defensor de menores, pidiendo amparase á la jóven en su desventura.

— En cuanto á que no somos hermanos, yo me encargaré de probarlo claramente, dijo con indudable acento de verdad; referente á que Cecilia vuelva á casa de sus padres, ese sería un acto de crueldad que el ministerio no

puede ordenar contra una menor, cuya vida debe amparar.

Mientras yo pruebo lo que he dicho y se nos otorga el debido permiso para casarnos, á pesar de ese hombre, pido que Cecilia sea depositada en la casa que el defensor de menores crea más oportuna, para que esté al abrigo de toda tentativa de malos tratamientos.

El ministerio de menores creyó que esto era perfectamente justo y ordenó entónces el depósito de la menor Cecilia en la casa de Ejercicios.

Si era verdad lo que Suero había dicho, nada podía serle más fácil que probarlo de una manera evidente.

Lucio por su parte, en vez de huir á la acción de la justicia como era de suponerse en un criminal descubierto, no sólo se presentaba reclamando lo que creía su derecho, si no que ofrecía probar su inocencia, pidiendo á la justicia el permiso que Suero le negaba, para efectuar aquel matrimonio imperiosamente reclamado por el honor de la pobre jóven, que si había cometido una ligereza, lo había hecho empujada por la negativa de su padre la primera vez que él la pidió en matrimonio.

Suero, en vez de conformarse con la resolución del ministerio, protestó de una manera destemplada, diciendo que se le arrebataba un derecho y que quería que Cecilia fuera restituída á su casa, á lo que el ministerio se opuso, mandando se estuviera á lo dispuesto.

Es en esta situación que Suero ha recurrido á la justicia de primera instancia para obtener lo que no ha podido concederle el ministerio de menores, sin faltar á sus deberes.

La cuestión tomaba un giro inesperado y se complicaba cada vez más.

Sin embargo, todo hacía pensar que Suero tenía razón, pues era natural que los amantes se valieran de todos los medios á su alcance para realizar el deseado matrimonio y que después averiguara el diablo si eran ó no eran hermanos.

La causa no podía estar en mejores manos.

El doctor Molina Arrotea había sentido interesarse en ella su espíritu investigador y fino, hecho á esta clase de difícil lucha en las que, para desentrañar la verdad que se le oculta, tiene que poseer no sólo una penetración rara y un carácter, sino acopio de conocimientos generales, no sólo legales ya, sino sociales.

Era una causa digna de interesar á un magistrado de talento.

Con la detallada exposición de ambas partes, el juicio verbal quedaba terminado.

El juez puso la causa á prueba, para que cada cual demostrase con hechos indudables la razón que le asistía, mientras él estudiaba detenidamente el carácter de las personas, estudio que lo ayudaría poderosamente en el conocimiento de la verdad.

Suero y el doctor Pizarro se separaron como leche que se separa en suero y casuina, mientras el inteligente Secretario Raggio guardaba los autos y los rayos de la justicia, visto que por el momento no había sobre quién descargarlos porque aún no había aparecido el culpable.

IV

La gentil Cecilia entre tanto estaba depositada en la santa Casa de Ejercicios, santo infierno de vivos, cuyo horror verdadero nadie ha narrado todavía.

La pobre niña se había resignado á su suerte desgraciada, esperando que pronto se le haría justicia, sacándola de aquel horror infernal imposible de sospecharse para el que no ha penetrado núnca en su interior sombrío.

Aquella es una especie de Arca de Cupido, que encierra un ejemplar de cada delito que pueda cometerse en nombre de Cupido ó en el de Caco, Dios mucho ménos amoroso y humanitario.

Allí se encierra en horrible confusión, desde la criadita con quien su patrona no puede entenderse más, hasta la dama encopetada secuestrada allí á pedido del tierno consorte cuyo nido ha abandonado.

Todo anda allí en una confusión imposible de pintar y todo rueda bajo el ojo quirúrgico y operante de la her-

mana superiorá, que se clava en sus clientas y alojadas con una penetración traqueotómica.

Las imprecaciones, los ternos, las palabradas y maldiciones, todo se mezcla en confusión espantable, hiriendo el oído y el espíritu de la que, como Cecilia, ha caído allí en simple depósito, creyendo llegar á una casa santa.

Allí es donde el defensor de menores deposita sus defendidas, famosas defendidas de las cuales hay que defenderse uno mismo, pues éstas son aquellas que han sido devueltas por sus patrones y que no teniendo cabida en parte alguna van en depósito hasta encontrar á quien encajárselas.

Estos pobres seres, viciosos y desamparados, dan una cátedra de escándalo en cada patio, en cada habitación donde hay más de una reunidas, y donde se corrompe la desgraciada huérfana de quien recién se ha hecho cargo el ministerio de menores y que ha ido en depósito hasta que se le encuentre una colocación conveniente.

Aquellos pobres seres cuyo único porvenir es la servidumbre, los ejercicios y después la cárcel ó el hospital, viven allí bajo el azote cruel de la superiora que no cree en otro argumento que infunda mayor respeto, y el hambre elevada á la categoría de castigo.

En medio de esa desventura incalculable el corazón de la menor se endurece y pierde todo sentimiento humanitario y bello, su espíritu se corrompe, y la que ha

entrado inocente y buena, al cabo de un trimestre sale de aquella cátedra del vicio sin tener ya nada que aprender.

La menor que cae á la santa casa, pierde todos sus derechos civiles.

Es la superiora quien recibe sus visitas, sus regalos y quien abre sus cartas para informarse de ellas antes de entregárselas, si es que al fin se las entrega.

Y esto es lo que da lugar á los grandes escándalos que ponen en verdadera conmoción la santa casa.

La menor reclama su carta en cuyo sobre ha conocido á su novio y la hermana se niega á entregársela.

uy bien que á usted le gusta que le escriba su novio, grita la menor.

¡Desacato! grita la hermana, y el escándalo se produce terminando en alguna tunda de ejercicios aplicados en las espaldas de la menor.

Estas pelean entre sí por el vino ó el mendrugo y se dan de golpes hasta que acude la superiora y las pone en paz golpeándolas á ambas.

La esposa descarriada que abandonó el hogar y á quien la curia ha depositada allí como castigo, cae entre aquella falange formidable «como gallina en corral ajeno», según la gráfica expresión criolla.

Todas la chulean, todas la preguntan por su marido y no falta quien le tira un manotón, burlándose de su tono, de su traje y hasta de su cara.

Y la infeliz huye sin saber donde refugiarse y sin encontrar el menor amparo en las hermanas, para quienes todos aquellos seres son exactamente iguales.

Así había caído á aquel pandemonium la infeliz Cecilia, arrepintiéndose bien pronto de no haber vuelto á casa de su padre.

Todas reían de ella, todas la rodeaban en el patio pidiéndole á gritos la narración de la escena que allí la había llevado, y saludaban en medio de gritos espantables su avanzado estado de grosura.

Y Cecilia lloraba, lloraba amargamente como única defensa á semejantes avances; qué otro medio le quedaba.

En los Ejercicios, como en los presidios y como en toda agrupación de gente viciosa, se produce siempre el fenómeno de que un defendido llega á ejercer un dominio absoluto sobre los demás.

Entonces dominaba en los Ejercicios, á los demás menores, la menor Andrea, fuerte y rolliza muchacha capaz de arremeter á puñetazos á la más insolente y rebelde.

Andrea se había impuesto á sus compañeras de presidio y de reclusión, no sólo por su audacia infinita que la hacía levantar el gallo á la superiora, capaz de deslomar de un golpe á la más valiente.

Andrea era respetada entre aquellas criaturas tremendas, al extremo de obedecerse sus órdenes al momento y sin contradicción.

Y esto fué lo que valió á la infeliz Cecilia, pues la autoridad de Andrea la libró hasta del manteo de ordenanza aplicado á toda nueva depositada, especie de bautismo formidable por el que todas han pasado.

Cecilia, por su juventud è inocencia había caído en gracia de Andrea desde el primer momento, quien la había tomado bajo su envidiable protección.

Es necesario tener lástima de su estado, dijo á las que querían mantearla á toda costa.

¿Y qué tenemos que ver con eso? preguntaban las otras, es preciso mantearla porque ella no tiene corona.

—No se puede, respondió Andrea, un manteo en su estado sabe Dios lo que podría costarle.

—¡Nada tenemos que ver con ello! volvieron á gritar aquellas desalmadas—toda nueva tiene que recibir un manteo y aquí no hay nadie superior á nadie, vos misma lo sufriste!

—Pero así les costó, ¿se acuerdan? Fué precisamente desde entónces que me hice respetar como era debido.

Cecilia lloraba de una manera desconsoladora, veía el momento de que todas aquellas mujeres se iban á lanzar sobre ella, y no se creía con fuerzas para resistir la triste prueba.

¿Quiere decir que ustedes no quieren dispensarla del manteo? Preguntó Andrea poniéndose seria.

No, no queremos, contestaron todas en coro: todas he-

mos sido manteadas y es preciso que lo sea ella también.

Está bueno, respondió Andrea tomando á Cecilia de la mano, ustedes pueden mantearla si lo quieren; pero prevengo que á la primera que se le acerque á pegarle, yo le deshago la jeta á puñetazos.

Aquella amenaza no pudo ser más eficaz; las menores rezongaron, se miraron contrariadas y amenazaron á Cecilia con el puño cerrado, pero ninguna se atrevió á tocarla la primera, prefiriendo la integridad de la jeta al placer de un manteo.

Desde aquel momento Cecilia no se separó de Andrea, por temor de ser manteada en cuanto la vieran lejos de su protectora.

Andrea la había tomado bajo su amparo decidido, y la acompañaba con un cariño especial, escuchando atenta la historia de su desventura, que Cecilia explicaba del modo siguiente:

V

¿Qué culpa tengo yo si lo amé?

Él era bello y bueno, amable y apasionado, y yo cedí á su palabra cargada de amor purísimo é íntimo.

Mi padre lo trataba con cariño y para mi madre era el mejor de los jóvenes, ¿por qué no había de amarlo yo también?

—Es preciso que nos casemos, me dijo un día.

La vida sin tí se me hace dura y antipática, lejos de tí el deseo del trabajo huye de mi cabeza y sólo pienso en tí y lloro.

Lloro porque temo perderte, porque temo que no nos dejen unirnos; y la vida se me presenta entónces sombría y desesperante.

Te has hecho una necesidad de mi existencia y confieso que separado de tí no viviría una semana.

Casémonos, repuse llorando, porque la tristeza de Lucio había engendrado en mi espíritu una melancólía desconsoladora.

Lucio me besó en la frente y aquella misma tarde impuso de nuestros amores á mi padre, pidiéndome en matrimonio.

Con una extrañeza rara, yo ví que al rato Lucio salía de casa acompañado de mi padre, quien entraba después de haber cerrado la puerta de calle, pasando en seguida á conferenciar con mi madre.

Y el tiempo pasaba y Lucio no venía.

Un presentimiento vago y triste se había apoderado de mí, y sin saber por qué se me había puesto en la cabeza que Lucio salía de casa despedido por mi padre para no volver más.

Un rato después mis padres me llamaban para hacerme una revelación tremenda.

Lucio quiere casarse contigo, pero es preciso que pierdas toda esperanza, porque Lucio y tú sois hermanos y tal matrimonio sería un crimen.

Ante semejante revelación quedé aterrada y sentí en el corazón un frío que lo amenazó de muerte.

¡Lucio mi hermano! ¡Lucio á quien amaba con idolatría, un imposible para mí! ¿Qué horrible misterio era éste? ¿Por qué no se me había revelado antes?

Y lloré, lloré mucho y amargamente, cayendo en una especie de idiotismo que me volvió insensible á todo.

Y á pesar de la melancólía que me invadía, había un secreto presentimiento que me decía que aquello era mentira inícua, cuyo móvil no podía adivinar.

Si Lucio hubiera sido mi hermano, la revelación del secreto hubiera producido en mí un sentimiento de horror que no experimentaba.

Desde entónces mi padre empezó á maltratarme porque yo no cedía en mis amores, porque no creía en lo que me había dicho y la vida empezó á hacérseme una carga pesada.

Una noche en que todos dormían, sentí tocar la puerta de mi cuarto suavemente.

Y mi pensamiento se volvió á Lucio con toda la pasión de mi alma: no tenía duda que el que llamaba era Lucio, mi Lucio que venía á traerme sin duda la revelación del misterio.

Me vestí ligero y abrí la puerta.

Mi corazón no me había engañado, el que llamaba á mi puerta era Lucio, Lucio que había entrado por una casa de la vecindad y descolgándose á la mía por los fondos para traer á mi corazón la vida de la esperanza que había perdido.

Y lloré sobre su seno noble, mientras él decía á mi oído:

—He sido despedido para siempre porque era tu hermano, según ese loco de tu padre, monstruosidad que á tí también te habrán dicho, pero esta es una mentira mísera de que han echado mano para separarnos.

Yo te demostraré hasta la evidencia que no soy tu hermano, con mi padre mismo que vive aún, y con aquellos que me han conocido desde que nací.

No desesperes, mi angel; que el día de la felicidad no está lejano.

Yo conté á Lucio la manera cruel como me trataban y éste entónces me propuso huir y llevarme á casa de su padre, donde podría estar hasta el día que nos casáramos.

Porque yo acudiré á los tribunales en busca de amparo; probaré quien soy y el juez nos dará el permiso que tus padres nos niegan.

Yo era feliz; las palabras de Lucio habían caído en mi corazón como un bálsamo del cielo, yo las creía ciegamente, porque sabía que su boca no se mancharía con

una mentira por ninguna consideración de este mundo.

Y acepté la idea de huir de aquella casa, porque mi padre, si sabía que yo había hablado con Lucio, me mataría á golpes.

Y huímos de allí trasladándonos á casa del padre de Lucio, mientras éste reunía todos sus elementos de prueba y se presentaba ante los tribunales pidiendo el permiso necesario para casarnos.

Pero estaba de Dios que aquella situación no había de durarnos mucho.

La policía, que sin duda nos buscaba, á pedido de mi padre, había dado con nosotros y un empleado nos pidió nos presentáramos á la comisaría.

Fuimos con Lucio, y de allí se nos remitió al ministerio de menores, donde Lucio narró lealmente lo que pasaba.

Y de allí se me remitió aquí en depósito, mientras Lucio prueba la verdad de sus aseveraciones y se nos otorga el necesario permiso para casarnos.

La calumnia de mi padre no permanecerá en pie mucho tiempo, porque Lucio tiene como probar lo que ha dicho y dentro de poco nos casaremos.

Y la pobre niña al llegar á esta conclusión, reía alegremente con toda la inocencia de su espíritu purísimo.

Yo estoy muy grata á lo que usted ha hecho por mí, amiga mía, añadió besando á Andrea; sin su amparo,

estas muchachas á quien ningún mal he hecho en mi vida, me habrían muerto á golpes.

Andrea acariciaba á Cecilia alentando su esperanza y comentando á su modo aquella calumnia espantosa.

Cecilia esperaba tranquila con la fe que da el convencimiento de una conciencia tranquila.

Y la pobre niña devolvía aquellas caricias con usura, prometiendo no olvidar nunca todo el bien que le debía.

VI

Entre tanto, la historia que refería Lucio, prometiendo apoyaría con pruebas ilevantables, venía á arrojar una luz decisiva en aquella causa que se enredaba cada vez más.

Yo trabajaba tranquilo y feliz en la ciudad de La Plata, decía Lucio, ganando lo bastante para llenar mis necesidades con holgura y economizar todavía una buena suma al cabo de una semana.

Un día se me apareció un individuo llamado Juan Lucero, y me dijo que iba á buscarme en nombre de mi madre.

Yo soy tu padrasto, me decía, tu huistes de casa cuando eras un niño, porque yo te pegaba y desde entónces, con tu pobre madre no hemos hecho más que buscarte, bus-

carte en todas partes, esperando siempre el encontrarte para que vengas con nosotros.

Ya eres un hombre, tienes una hermana que es una señorita, y es preciso que te dejes de locuras y que te vengas conmigo, porque en ninguna parte has de estar mejor que á nuestro lado.

Al principio me pareció que aquel hombre era un loco, pero hablaba con tanta cordura y buena razón, que no me cupo duda que padecía una equivocación.

Amigo mío, le contesté, usted sufre una equivocación, yo no soy el que usted cree, no lo conozco á usted ni á esa señora que usted dice ser mi madre.

Pero no hubo forma de convencer á aquel hombre.

Según él, yo era su hijastro, su esposa no hacía más que llorar mi ausencia y era preciso que yo volviera al hogar materno y me dejara de andar rodando por el mundo.

Pero si es una locura amigo mío, le dije, si en cuanto me vea esa señora se convencerá que yo no soy su hijo y usted me va á hacer perder mi trabajo, única fortuna que tengo en la vida.

No seas terco, añadió aquel hombre tratando siempre de convencerme, y olvida el rencor que me guardas; ven á consolar á tu pobre madre, porque tu negativa la mataría.

Aquella historia empezaba á picar fuertemente mi

curiosidad, y me decidí seguir á Suero, pensando que la supuesta madre, en cuanto me viera, reconocería su error.

Vinimos á casa de Suero, y desde el primer momento, nos trasladamos á casa de aquella familia que me llovía del cielo.

Contra todas mis creencias, en cuanto mi supuesta madre me vió, me saltó al cuello y empezó á prodigarme sus más apasionadas frases y cariños.

En vano traté de mostrarle el error en que estaba; en vano le dije que yo no era su hijo, que la había visto; ella, con más convicción que Suero, me dijo que yo, al negarlo, cometía un crimen, que le robaba el único consuelo de su vida, y que aquella era una maldad incalificable.

¿Quién convencía á una mujer que se creía mi madre, y que toda caricia le parecía poca para compensar la separación sufrida?

Eres mi hijo, el hijo de mi alma que huyó de mi hogar causándome el más hondo de los dolores; pero, al fin, te tengo á mi lado y no habrá fuerza capaz de separarnos.

Aquí está tu hermana, añadió, tu bella y buena hermana que te amará con toda su alma; pero á quien por ahora no le diremos nada para que no se sorprenda.

La historia aquella se complicaba y no habiendo medio de convencer á aquella gente, acepté momentáneamente la situación, resolviendo esperar á ver en que venía á parar todo aquello.

Me presentaron á mi hermana, como un pariente lejano que iba á vivir con ellos.

Desde que ví á Cecilia, cambié completamente de idea; vivir al lado de aquella bellísima niña, importaba una verdadera felicidad, y decidí no contradecir más las creencias de aquella buena gente.

Me fingí convencido de ser el hijo que había huido diez años atrás y me quedé allí, buscando trabajo en Buenos Aires.

Si hubieran dicho á Cecilia que yo era su hermano, hubiera seguido en mi tarea de convencerlos de lo contrario; pero no diciéndole nada, por haberse así convenido, yo alimentaba la esperanza de amor, que hizo nacer en mi espíritu la vista de Cecilia; y en resumidas cuentas, yo nada venía á perder.

La pobre niña, que había empezado por tomarme simpatía, concluyó por corresponder á mi amor, y nos amamos con verdadera pasión y locura, con delirio inexplicable.

Todos los días tenía alguna enfermedad que me impedía ir al trabajo.

Mi supuesta madre me quería entrañablemente y se desvivía por complacerme, siempre en la persuasión que era su hijo y siempre engañada por mí, que ya no me convenía otra cosa que acariciarla y engañarla más, con mis fingidos cariños y farsas de toda especie.

Mis amores con Cecilia, habían llegado á un punto en

que era preciso nos casáramos, y fué entónces que ví á Suero, para que me acordara la mano de su hija.

Al escuchar mi demanda, Suero creyó morir de espanto; ¿cómo vienes con semejantes pretensiones, me dijo, sabiendo que Cecilia es tu hermana?

Es que no es mi hermana, respondí, como usted no es mi padrastro.

Ya no me conviene que esta farsa siga adelante, y es preciso que termine, acordándome la mano de Cecilia.

Bárbaro, replicó Suero; sal de mi casa y no vuelvas á poner los pies en ella.

Y enfurecido y amenazándome con los puños cerrados, me despidió de su casa con expresa condición de no volver jamás á poner los pies en ella.

Yo salí mohino y contrariado, creía que la cosa no se presentaría tan difícil, y convencido de que Suero no consentiría jamás en mi enlace con su hija.

Anduve rondando por el barrio hasta que logré entrarme una noche á una de las casas de la manzana, por cuyas azoteas llegué hasta la de Suero, y mientras éste dormía, tuve con mi novia una explicación, la convencí de que no era su hermano, y huyó conmigo para presentarse después al juez de menores, pidiendo la autorización necesaria para contraer matrimonio.

Así refería Lucio y Cecilia la historia de sus amores, pero los dos habían ocultado la verdad, no queriendo con-

fesar el largo y travieso plan que habían puesto en juego para llegar á esta conclusión inevitable; casarse, á pesar de la negativa terminante de sus padres.

Este plan ideado con una travesura infinita, fué bien pronto conocido, pero entónces, lejos de perjudicar á los amantes venía á favorecerlos de una manera positiva, porque venía á demostrar clara y terminantemente que no eran hermanos.

TRAVESURA INFINITA

I

Durante el carnaval de 1882, Lucio y Cecilia se habían encontrado en la plaza Lorea, acompañada ésta de algunas amigas con quienes andaba paseando.

Lucio que era un muchacho travieso y alegre, vió á aquella muchacha lindísima que se le venía encima como una aparición celeste y desprendiéndose de los amigos con quienes andaba, se acercó á ella y la mojó.

Los compañeros que observaron el empeño con que Lucio mojaba á Cecilia, cayeron sobre las amigas de ésta, no sólo por ayudarlo en su aventura, si no porque las amigas de Cecilia, eran tan bellas como ella misma.

La partida se hizo general y aquellos seis jóvenes pasaron una hora feliz, jugando el carnaval hasta empaparse.

Se separaron porque ya era tarde, pero quedaron en verse á la noche siguiente en el mismo paraje.

Lucio y Cecilia habían simpatizado de una manera poderosa y de esta simpatía al amor no hay más que una pisada de mosquito.

A la noche siguiente los jóvenes volvían á encontrarse en el mismo paraje, y en alegre juego y la amorosa conversación volvió á entablarse con más entusiasmo que la noche anterior, llegando Lucio á confesar su amor; amor que si no fué aceptado sobre tablas, no fué tampoco rechazado.

Pero el carnaval se iba y aparecían serias dificultades para volver á verse.

Cecilia prometió venir el domingo á pasear al mismo paraje y se despidió de Lucio después de haberle dado las señas de su casa para que pudiera verla en lo sucesivo ó hacerle llegar cualquier carta.

Lucio se había enamorado profundamente de Cecilia y había resuelto visitarla y pedirla en matrimonio, pero la jóven desde un principio le había demostrado que aquello no era posible.

Mi padre es un hombre muy raro, decía la pobre joven y no quiere que nadie me visite, porque no quiere que me case.

Por ahora es mejor que ni pase por casa, nos veremos aquí cuando podamos y trataremos de ir venciendo poco á poco las dificultades que se nos presenten.

El domingo á la tarde, fiel á su palabra, Cecilia estaba en la plaza de Lorea, acompañada de una amiga conocedora de todos sus secretos.

Y sentados sobre uno de los bancos y al arrullo de la

banda de los bomberos, Lucio volvió su corazón en las frases más apasionadas.

Desde que yo la he conocido, decía, me he vuelto un idiota, no tengo pensamiento si no para usted, el deseo del trabajo ha huído de mí por completo y en mi imaginación no ha habido otra cosa que esta entrevista encantada.

Cecilia, ruborosa y temblando de emoción, demostró que no tenía otro medio de verse que aquél.

Mi padre es muy raro, decía, y no quiere que nadie visite en mi casa, porque no quiere que yo me case.

El día que tu te cases yo me muero, dice, y todavía no quiero morirme.

Yo haré modo de ganarle el lado á su padre, respondía Lucio, me le haré simpatico y le ganaré el lado de las casas.

Eso no es posible, respondió Cecilia, desde la desaparición de Isaac mi padre se ha hecho díscolo y hasta malo, no admite que nadie lo contraríe y cuando él dice una cosa, es preciso hacerla ó reventar.

Habiendo preguntado Lucio quien era Isaac, Cecilia con una dulzura infinita, le refirió la siguiente triste é íntima historia de familia.

II

Yo soy la hija del segundo matrimonio de mi madre, con mi padre.

Mi madre tenía un hijo de su primer matrimonio, llamado Isaac, que había sido recibido por mi padre y reconocido como hijo suyo, al extremo de darle su apellido.

Pero desde que yo nací, según me lo ha referido mi pobre madre, anegada en llanto, mi padre empezó á mirar á mi hermano con una antipatía terrible.

El pobrecito tenía sólo cinco años, y mi padre le pegaba por el menor motivo.

Mi pobre madre lloraba y sufría en silencio, no se atrevía á decir nada á mi padre por temor de irritarlo más y provocar mayores castigos contra su hijo á quién quería con verdadera idolatría.

Y á medida que Isaac crecía, mi padre aumentaba el rigor de su trato, llegando dos años más tarde á golpearlo de una manera cruel é inhumana.

Sucedió al fin lo que tanto temía mi madre.

Un día que mi padre dió á mi hermano una tunda de latigazos, el pobre niño, que entónces sólo tenía ocho años, huyó de casa sin que hasta la fecha se le haya podido encontrar.

Mi desventurada madre creyó perder la razón ante tan terrible suceso.

En vano se buscó á Isaac por todas partes, en vano se puso en movimiento la policía, no se le pudo hallar por parte alguna.

Desde entónces mi madre no hace más que llorar: hace quince años que sucedió aquella desgracia y la pobre la lamenta como el primer día.

No sale de la Iglesia, pidiendo á Dios que antes de morir la conceda la felicidad de volver á ver á su hijo, y recrimina siempre á mi padre como único culpable de aquella desventura.

Este eterno llanto de mi madre modificó por completo el carácter de mi padre, que se volvió díscolo y malo hasta conmigo misma.

No quiere que ningún jóven pise la casa, porque renueva el recuerdo de Isaac en el corazón de mi madre, que se enferma y se pasa semanas enteras encerrada en sus piezas.

Á medida que la jóven hablaba, Lucio sonreía con una expresión de infinita travesura.

Por eso yo le digo que por ahora no trate de visitar mi casa, porque mi padre sería capaz de encerrarme y no dejarme ni siquiera asomar á la puerta de la calle.

La hora avanzaba y Cecilia tenía que retirarse, te-

miendo que si su padre se irritaba por esta causa, no la dejara salir más.

Así, los dos jóvenes se despidieron, quedando en verse el domingo siguiente en el mismo paraje, quedando asimismo Lucio en buscar el medio de poderse ver frecuentemente.

III

Desde que Lucio escuchó la historia de Isaac, sintió saltar en su cabeza un plan verdaderamente maquiavélico.

¿Por qué no podría él hacerse pasar por Isaac é ir á habitar la misma casa de la bella Cecilia?

Era cuestión de un poco de sagacidad, y nada más.

Un amigo de la familia, condolido por la situación dolorosa de ésta, podría irle á decir que él conocía el paradero de Isaac, paradero que podría indicar fácilmente.

Y cediendo á los ruegos que inmediatamente le harían Suero y su esposa, este amigo podría indicar su paradero en la Plata, añadiendo que Isaac se ocultaba bajo el nombre de Lucio Baldovino.

Con los datos que le suministrara Cecilia, nada más fácil para Lucio que pasar por Isaac de una manera que no dejara la menor duda.

Viviría así en la casa de Cecilia, manteniendo vivos

sus amores, hasta que llegara el momento de pedirla en matrimonio, revelando la verdad de lo sucedido.

El domingo siguiente, y cuando Cecilia acudió á la cita, Lucio le reveló un plan salvador, plan que fué en el acto aprobado por la jóven, que amaba ya á Lucio hasta el delirio.

Yo me encargo de todo, decía Lucio, hasta de hacerme rogar para ir á habitar con Suero, y seremos felices, Cecilia, en nuestros amores, por todos ignorados.

Ya no nos veremos más hasta que yo no vaya á tu casa llevado por tu padre mismo, pero no te aflijas, porque yo me encargo de apurar el momento de nuestra felicidad.

Cecilia estaba radiante de alegría, se sentía feliz como nunca, y admiraba la imaginación hermosa y perspicaz de Lucio que le había sugerido plan tan admirable y de fácil realización.

Cuando se separaron, Lucio juró á Cecilia que no pasarían cuatro días sin que él la fuera á visitar á su casa.

Efectivamente, al día siguiente se presentaba en casa de Suero, un jóven, que decía iba á hacerle la más importante de las revelaciones.

Era el amigo que enviaba Lucio para que diese la noticia del paradero de Isaac.

Introducido á la sala, este reveló en pocas palabras el objeto que lo llevaba.

Sabiendo que ustedes lloran hace quince años la pérdida de un hijo querido, vengo á avisarles que yo he dado con su paradero.

Isaac que es todo un hombre y todo un buen mozo, está trabajando en la Plata, pero tiene el propósito de no presentarse nunca á ustedes.

Él no les guarda rencor, por el contrario; pero dice que ya se ha habituado á ser solo en el mundo y que no quiere tener más familia que la que él se forme más tarde.

Suero escuchaba con un placer infinito, hacía mil manifestaciones de alegría y tomaba del jóven datos precisos sobre la vida, y conducta del querido Isaac.

Si usted lo ve algún día, añadía el jóven, no le vaya á decir, por Dios, que he sido yo quien le ha revelado el secreto de su vida! me haría usted perder por completo su amistad.

Yo no le diré nada, respondió Suero alborozado, pero necesito que usted me diga el paraje exacto donde se halla, y cual es el nombre con que ha cambiado el suyo.

Bueno, pero ha de jurarme usted que nunca dirá como lo ha sabido.

Suero, que era un beato de buena ley, sacó un crucifijo de marfil que usa en uno de los extremos de la cadena del reloj, y besándole respetuosamente, juró al jóven no revelar jamás quien lo había puesto en conocimiento de aquel *secreto.*

El jóven entónces le dió las señas exactas del paraje donde trabajaba Isaac, añadiendo que en todas partes era conocido por Lucio Baldovino, y se retiró, dejando á Suero verdaderamente maravillado.

En cuanto el jóven se retiró, Suero se trasladó á la habitación de su esposa, dándole aquella feliz é inesperada noticia.

Tu hijo vive; gritaba, Isaac vive; y yo que fuí la causa de que lo perdieras, voy á ser ahora la causa de que lo encuentres.

Sé feliz, mujer querida, al fin dejaremos de llorarlo.

La pobre madre se tomaba la cabeza con ambas manos, como si quisiera contener la razón próxima á escaparse; ¡era la primera vez que la pobre reía desde quince años!

Al bullicio acudió Cecilia, á quien se impuso al momento, con un alborozo imposible de describir.

¡Al fin vas á ver á tu llorado hermano, decía la madre, al hijo querido, cuya muerte lloré tantas veces!

¡Oh! qué feliz soy, Dios mio! yo no sabía que la felicidad producía una angustia tan suprema.

¿Pero qué haces tú que no vas á buscarlo? decía á su marido; qué haces no vuelas y me lo traes en el acto?

No es posible, respondía Suero, porque está en La Plata y hasta mañana no hay tren.

Yo iré mañana en el primer tren que salga, y á la noche estaré de regreso con él, yo te lo aseguro.

Aquella noche nadie durmió en la casa; sólo Cecilia pudo conciliar el sueño arrullada por la esperanza que sonreía á sus amores.

Suero y su esposa pasaron la noche tomando mate y haciendo los proyectos de felicidad más plácida.

Al día siguiente Suero tomaba el primer tren que salía para La Plata, y empezaba á buscar al llamado Lucio Baldovino, sin poderlo hallar en los primeros momentos.

Imposible es pintar la felicidad del pobre viejo cuando se halló en presencia de su supuesto hijo.

Le dió un estrecho brazo, y mirándolo fijamente le preguntó: ¿qué ya no me conoces? ¿No te acuerdas de mí?

Lucio lo miraba fingiendo la mayor sorpresa y dando á entender que si lo conocía no quería confesarlo.

Yo soy Juan Suero, tu padre; Juan Suero, decía: no te acuerdas de mí.

Usted no es mi padre, respondió Lucio, se equivoca usted amigo mío, porque yo me llamo Lucio Baldovino y en mi vida lo he visto á usted.

Es inútil que me niegues porque yo lo sé todo, contestó Suero, tú no eres Lucio Baldovino sino Isaac Suero, mi hijo, ya ves que es inútil que quieras negarme lo que has hecho.

Es preciso que te dejes de niñerías y te vengas conmigo al lado de tu pobre madre que te espera llena de an-

siedad, y á quien podía costar la vida tu negativa de ir á su lado.

Lucio fingió una contrariedad artísticamente imitada y quedó perplejo como si no supiese que responder.

Y bien, dijo al fin como si hiciera un esfuerzo poderoso, yo soy Isaac Suero, puesto que usted lo sabe es inútil que lo niegue, pero yo no vuelvo á casa de mi madre, de donde salí hace quince años, usted sabe mejor que nadie por qué.

No creí que después de tantos años guardaras rencor, exclamó Suero afligido, y olvidaras todo el amor que te ha tenido siempre tu buena madre.

Es preciso que vengas con nosotros, siquiera para endulzarle los últimos días que le quedan de vida, vida que tu ausencia ha contribuído á cortar.

Lucio fingió un leve enternecimiento que no pasó desapercibibo para Suero y se engolfó en profundos pensamientos.

Suero seguía todos sus movimientos con el más creciente interés, exhortando siempre á Lucio para que lo siguiera, ya ponderando el cariño de la madre que lo esperaba, ya ponderando la belleza y mérito de su hermana Cecilia.

— Está bien, dijo por fin Lucio, como si cediera á pesar de él mismo; está bien, yo iré á casa de ustedes; pero no par quedarme porque tengo compromisos serios de trabajo aquí, que no puedo abandonar, mañana quedaré á su disposición.

¿Cómo mañana? preguntó Suero, es necesario que te vengas conmigo á casa hoy mismo, he prometido á tu madre que regresaríamos juntos luego y si me ve llegar solo creerá que todo ha sido un engaño mío y sabe Dios lo que costara el nuevo dolor que va á causarle esta duda.

Ya que has decidido ir, lo mismo es hoy que mañana, vamos, y no seas rencoroso.

Está bien, vamos, repuso Lucio contrariado, no me pesa volver á ver á mi madre, pero si supiera quien ha sido el imbécil que les ha dado noticias mías, lo reventaba á golpes.

Lucio se vistió con todo el esmero de un jóven que va á visitar su novia, y sonriendo feliz ante el recuerdo de Cecilia, se puso á la disposición de Suero, tomando el tren para la capital esa misma tarde.

Durante el viaje, Suero daba á su hijo los menores detalles sobre su familia, detalles que éste escuchaba con la mayor atención porque podían servirle para engañar á su supuesta madre que no sería tan crédula como Suero.

Y á su vez éste pidió á Lucio noticias de su pasada vida desde que huyó de la casa.

He sufrido mucho, respondió Lucio, he sufrido inmensamente y he luchado con heroicidad día á día hasta con la misma materialidad de la vida.

He pasado por todas las necesidades y todos los vejámenes, pero no me pesa, porque al fin me he hecho un

hombre por mi propio esfuerzo y sin deberle nada á nadie.

El viejo Suero estaba avergonzado, porque él era el único causante de todas aquellas desventuras, lo reconocía y no se atrevía á mirar á Lucio frente á frente.

Y, sin embargo, no por esto les he olvidado del todo, decía el jóven, de cuando en cuando he mandado de aquí mismo á varios amigos, para que me trajeran noticias de ustedes y de mi hermana misma á quien he visto una porción de veces, sin que ella pudiera observar que yo la miraba, porque temía que fuera á leer en mis ojos lo que pasaba en mi corazón.

A las 9 de la noche Suero y su hijo llegaron á la estación, donde tomaron una volanta y se trasladaron á casa de la madre.

La pobre mujer, acompañada de su hija y en una ansiedad suprema no había hecho en todo el día más que estar en la puerta de la calle esperando la vuelta de su marido y de su hijo.

Y á medida que pasaba el tiempo su desesperación crecía y un gran desaliento llegaba á apoderarse de ella.

No van á venir, decía á Cecilia, ó tu padre no lo ha encontrado, ó si lo ha encontrado no ha podido conseguir que lo siga.

Y la pobre mujer lloraba amargamente, y á medida que se acercaba la hora de llegar el último tren de La

Plata, alargaba más los momentos de esperar en la puerta de la calle.

Cuando vieron detenerse á la puerta la volanta que conducía á Suero y Lucio, las dos mujeres, saltando ante la misma impresión de alegría, se precipitaron á la volanta sin dar tiempo á que se abriese la portezuela.

Lucio, empujado por Suero, de la volanta pasó á los brazos que le tendió doña Magdalena, gritando: ¡hijo mío, hijo de mi alma! yo creía morir sin el consuelo de volver á verte.

¡Cuánto te he llorado hijo mío! ¡Cuánto te he llorado!

Y acariciándolo apasionadamente, lo llevó al interior de la casa seguido de Cecilia, que roja como un tomate apenas podía disimular la impresión que la dominaba, y de Suero que no encontraba ya palabras con que expresar su alegría.

Una vez en el comedor y ante la luz, momento del que con sobrada razón desconfiaba Lucio, porque el corazón de las madres es muy leal, doña Magdalena secó sus lágrimas y lo miró con una expresión infinita.

Lucio bajó los ojos sin querer arrostrar aquella mirada y esperó el resultado de aquel peligroso examen.

¿Se dejaría engañar doña Magdalena ó declararía desde el primer momento que aquel no era su hijo?

Tanto Lucio como Cecilia esperaban temblorosos la primera palabra de doña Magdalena después del examen que hacía en su hijo.

Aunque Lucio, por los datos que le había dado Cecilia y los que había sacado descuidadamente á Suero, tenía la seguridad de poder engañar á Doña Magdalena, tenía miedo que ésta vacilase, pues la menor duda podía muy bien ocasionar el fracaso de todo su plan hábilmente ideado.

Pero Magdalena no dudó: ella no miraba á su hijo para cerciorárse si lo era, si no para asombrarse del cambio radical que en su fisonomía habían causado los años.

¡Cómo has cambiado, hijo mío, decía la pobre madre, si te hubiera encontrado en la calle sin saber quien eras, no te habría conocido, aunque mi corazón, estoy segura, te habría adivinado!

El anzuelo estaba perfectamente tragado, no había la mínima duda, ni la menor cosa para temer, aquella gente lo había tomado por Isaac, y por Isaac lo tendrían hasta que á él conviniera establecer la verdad.

¿Por qué no me contestas? ¿No me quieres ya? Preguntaba Magdalena, devorando sus lágrimas, ¿no quieres reconocerme como tu madre?

No es eso señora, respondíá Lucio, nunca he dejado de quererte porque jamás tuve motivo para ello, bien lo sabe usted, es que todavía estoy turbado, estoy aturdido y no sé lo que me pasa.

Pobre hijo mío, descansa, reponte y está tranquilo, que ya no hemos de separarnos más.

Lucio se sentó entre su madre y su hermana, á quien aquella decía:

¡Acarícialo hija mía, para que vea todo el mundo la felicidad que tiene en su casa, felicidad que perderé si volviera á irse, dile cuánto hemos amado su recuerdo y cuánto hemos rogado para que nos lo volviese!

Y la pobre niña, turbada, prodigaba á Lucio sus palabras más cariñosas, rogándole que no los abandonara nunca ya.

Y ès preciso, que perdones á tu padre, añadió doña Raimunda, que le perdones de corazón, porque los rencores no pueden ser eternos y porque él te quiere con idolatría; de lo que debe ser suficiente prueba el empeño con que te ha buscado y te ha traído á casa.

Yo no le guardo rencor á él ni á nadie, respondió Lucio sonriendo, y ya completamente seguro de su situación: si le guardara rencor no habría venido con él, y tendió la mano á Suero en prueba de su amistad y su cariño.

Es excusado decir que aquella noche no se durmió, pues muchos amigos, sabedores de lo que ocurrió, habían ido á felicitar á Raimunda por su encuentro y el resto de la noche la pasó la familia escuchando la narración que hacía Lucio de los episodios de su vida y recordando algunos detalles de su infancia.

El plan había dado á Lucio un resultado mucho más completo de cuanto él había esperado.

II

Desde el día siguiente empezó para Lucio una nueva vida llena de esperanza y de felicidad suprema.

Los días que se había tomado de descanso mientras hallaba trabajo en la Capital, los pasaba al lado de doña Raimunda ó de Cecilia, á quien amaba con idolatría verdadera; idolatría merecida, pues la bella jóven, en su vida íntima, era un conjunto de virtudes.

Con qué solicitud delicada acudió á las necesidades del hogar y á los trabajos á ella confiados.

Y so pretexto de que Lucio estuviera más contento, lo colmaba de atenciones que sólo prodiga el espíritu de una mujer enamorada, y que hacían á Lucio bendecir á cada instante el día en que halló en su camino á la gentil Cecilia.

Todos los momentos de que podían disponer sin ser observados, se entregaban al culto del amor más intenso y delicado.

Tengo miedo que cuando llegue el momento de decir que no somos hermanos tengan lugar escenas terribles, decía la jóven: lo siento por el cruel desengaño que va á tener mi madre, y me aterro por las dificultades que tendremos que vencer.

Las dificultades á vencer no valen nada, respondía Lu-

cio, ellos tal vez nos nieguen el permiso para casarnos, pero ocurriremos al juez pidiendo el permiso, que ellos niegan, por razones á que el juez tendrá que acceder, mal que le pese.

Lo único que siento positivamente, es el desengaño de tu pobre madre, porque ésto le va á causar un dolor inmenso, pero esto está compensado con la felicidad que hemos alcanzado.

Yo no soy indudablemente el hijo que ella ha perdido, pero soy un hijo inesperado que llega al hogar bajo la forma más querida: como marido de la bella Cecilia.

Y la pobre niña, ante esta esperanza de su vida, lo olvidaba todo y sólo pensaba en el momento de unirse á Lucio para siempre.

Allí no podía pasar la vida de eterno haragán, aunque todos los momentos eran pocos para estar al lado de Cecilia.

Encontró trabajo y dividió su vida entre el trabajo y su novia.

Las horas que pasaba en el hogar las pasaba al lado de su hermana y la madre que no se cansaba de ponderar la bondad de su carácter y lo ejemplar de su conducta.

Á altas horas de la noche y cuando todos dormían, Lucio y Cecilia salían de sus piezas y paseando los fondos y patios de la casa, se entregaban por completo á sus amores y á sus proyectos de felicidad en el porvenir.

No dejaban de mortificarse algo cuando pensaban en la tormenta que iba á levantar la revelación de la verdad, pero estas mortificaciones eran pronto disipadas por un beso ó una apasionada frase de amor.

El momento tan temido, cada vez más rápidamente.

Raimunda miraba con indecible placer el cariño que se profesaban los dos hermanos, pero no le sucedía lo mismo á Suero, que miraba, con cierta alarma, algunas delicadezas íntimas de los dos hermanos.

Ellos no se habían criado juntos, no habían tenido tiempo de formarse ese respeto cariñoso natural de los hermanos y temía que el sentimiento fraternal pudiera degenerar en sentimiento amoroso.

Precisamente cuando más empezaba á alarmarse del cariño de los hermanos, se le apareció Lucio en su cuarto una mañana, pidiéndole de buenas á primeras la mano de Cecilia para casarse con ella.

Suero creyó que soñaba, al escuchar semejante enormidad, ó que Lucio se había vuelto loco.

Qué, no sabes, desventurado, exclamó, que Cecilia es tu hermana y que entónces lo que pretendes es un crímen monstruoso.

Es que no somos hermanos, respondió Lucio tranquilamente; yo no soy Isaac Suero, sino Lucio Baldovino, que he pasado por Isaac porque así convenía á mis amores.

Mientes miserable, y mientes á sabiendas, contestó

Suero en el colmo de la indignación, piensa lo que pretendes y si algo de humano te queda en el corazón, te horrorizarás tú mismo.

Lo que yo he dicho es la pura verdad, contestó Lucio seriamente, yo no soy hermano de Cecilia y puedo probarlo el día que quiera.

Entre tanto, es necesario que usted consienta en el matrimonio porque así lo exige el honor de Cecilia, y por él es preciso mirar antes que todo.

Suero saltó ante esta revelación tremenda y cerró los puños, crispado por el coraje y la indignación.

Si esto es así, dijo, no puede haber perdón para tí, bárbaro, miserable.

En el acto vas á salir de mi casa y á olvidarte que nos has encontrado, porque antes de consentir en monstruosidades semejantes me dejo cortar la cabeza.

Lucio quiso explicarse, quiso revelar toda su intriga, pero Suero no quiso escucharlo, mandándole que en el acto saliera de su casa, sin hablar con Cecilia ni con su misma madre, porque se había hecho indigno hasta de darle su nombre.

III

Cuando la pobre madre supo lo que pasaba, su desesperación fué inmensa.

Su hijo era un monstruo abominable que pretendía casarse con su hermana, á pesar de todas las reflexiones que se le hacían.

Al principio no creyó lo que Suero le decía, esclamando:

¡Es que tú nunca has querido á Isaac, la primera vez se fué por tus tratos bárbaros, y ahora que no lo puedes tratar mal porque es un hombre, lo despides de casa!

¡Y qué quieres que haga! que siga teniendo en casa el peligro de un hombre que pretende cometer semejante monstruosidad!

Es que le has hablado con aspereza irritándolo en vez de convencerlo.

¿Y quién va á convencer á un bandido que empieza por negar que es tu hijo para cometer el crimen que proyecta?

¡Y él no es el solo culpable! Cecilia, ¡quién lo hubiera creido! ¿no sabe también como él que es su hermano? y, ¿por qué autoriza; por qué acepta sus amores criminales?

Si ella no hubiese consentido, el otro nunca se habría atrevido á pedírmela en matrimonio.

¡Ah! esclamaba Suero, lagrimeando y besando el crucifijo de la cadena del reloj, quién me hubiera dicho cuando con tanto anhelo busqué á ese monstruo, que ese era el pago que había de dar á mi cariño.

Es que tu fuiste tan cruel con él antes, que sabe Dios si un sentimiento de venganza contra otro no le ha inspirado lo que ha hecho.

Con este motivo entre Suero y su consorte hubo un serio disgusto.

Madre al fin, Raimunda trataba de atenuar la falta de Isaac, hallándole mil disculpas.

Y Suero le cargaba la mano diciendo que era un bandido desprovisto de toda clase de sentimientos.

Cecilia fué llamada en el acto á que diera explicación categórica respecto á su conducta incalificable.

¿Cómo es posible que una niña criada como lo has sido tú, decía Suero, acepte los criminales amores de su hermano?

Es que Lucio no es mi hermano, respondió la jóven sollozando.

¿Cómo no es tú hermano? No te lo ha dicho Raimunda, yo; no lo ha aceptado él mismo.

Sí, pero él me ha jurado que no es cierto, y que lo probará en el momento que sea preciso, y que si ha aceptado este engaño, fué porque se había enamorado de mí y lo que quería era estar á mi lado.

Aquí fué donde Suero se irritó al extremo de dar de golpes á la pobre Cecilia, que se refugió sollozando en el regazo de la madre, que la protegió contra las iras de Suero que queria seguir golpeándola hasta que conviniese y confesara que Isaac era su hermano.

Isaac; sí, decía la jóven, es mi hermano y Dios quisiera que lo hubiéramos encontrado; pero él no es Isaac, sino Lucio, y, por consiguiente, no es hermano mío.

¿Quiere decir que yo miento, que miente Raimunda, que mienten todos menos ese bandido?

Deja no más que yo lo vuelva á ver cerca de mi mano, verás como le arreglo las cuentas de manera que tendrá que darlas por saldadas.

Desde aquel momento empezó para Cecilia una vida verdaderamente terrible.

Á cada momento el padre la reprendía y la golpeaba duramente, diciéndole que había de concluir por entregarla á la acción de la justicia.

Aquí venían también las tormentas formidables entre marido y mujer.

Raimunda, madre cariñosa, no sólo amparaba á Cecilia de las trompadas de su padre, sino que reprendió á éste con amarga dureza, por la manera inaudita de reprender á su hija.

Ya hiciste huir á Isaac á consecuencia de los golpes que le dabas, ¿quieres también hacer huir á Cecilia ahora por igual cosa?

Yo hago lo que quiero, gritaba Suero, ¿quieres acaso que les dé confites cuando hacen iniquidades de ese calibre? No seas imbécil.

Y las voces salían del tono natural, y los dicterios se

cruzaban como golpes de lanza, y la casa se convertía en verdadero campo de batalla.

Lucio, entre tanto, con una sagacidad gatuna, rondaba la casa buscando la manera de penetrar á ella sin ser visto.

Ya había formado un plano y decidido robar á la jóven y presentarse al juez competente pidiendo el permiso que los padres de Cecilia le negaban.

Lucio descubrió á la vuelta un conventillo, por cuya azotea podía comunicar fácilmente con la de Suero, y sin pérdida de tiempo alquiló en él una pieza y se puso en acecho.

Durante dos noches Lucio estudió prácticamente las azoteas, y á la tercera se descolgaba en lo de Suero, cuando calculó que todos dormían.

Buen conocedor de la casa y sus costumbres, Lucio fué sin vacilar á la pieza de Cecilia cuya puerta golpeó suavemente.

La pobre jóven ni siquiera se había desvestido como la mayor parte de las noches, noches que pasaba llorando y pensando en los sufrimientos terribles que el padre le hacía apurar.

Al ver á Lucio, tuvo que taparse fuertemente la boca con ambas manos, para contener el grito de placer con que se movieron sus labios.

Al lado de su amante ya se consideraba libre de todo peligro y de todo sufrimiento.

Después de referirse ambos sus más amargos sufrimientos, entre mil cariños y frases apasionadas, Lucio refirió á Cecilia el plan que había pensado.

Mañana, la decía, me acomodas en un atado todo aquello que quieras llevar contigo, y yo, por la azotea, me lo llevo á la pieza del conventillo.

En seguida vuelvo, tú me esperas vestida y salimos por la puerta de calle con la mayor naturalidad de este mundo, para no volver, hasta que previo permiso del juez, nos hayamos casado.

Cuando se levantó Suero que era hombre madrugador y un insigne tomador de mate y no halló á Cecilia, sintió algo como un presentimiento de una desgracia terrible.

La buscó por la casa sin hallarla en parte alguna, y cuando fué á salir á la puerta de calle, vió con espanto que ésta había sido abierta.

Como él era quien cerraba la puerta sabía que ésta sólo por el lado de adentro podía abrirse, de consiguiente quien la había abierto no podía haber sido otra que su hija Cecilia y ésta no podía haber hecho aquello sino para huir con su hermano, con su criminal y miserable hermano.

Porque para Suero era indudable que los dos jóvenes eran hermanos, cosa que, por más que la negara Isaac, le sería muy fácil probar.

Convencido ya que Cecilia había huido y que estaría

ya muy lejos de allí, porque en la calle no se veía á nadie, y el vigilante, relevado á las seis de la mañana, decía no haber visto nada que pudiera dar el menor indicio.

Suero entró y despertó á su consorte para darle la triste noticia de lo que sucedía y consultar con ella los pasos primeros que habían de darse para obligar á Cecilia á volver á su casa, impidiendo así que fuera á contraer aquel matrimonio criminal á que indudablemente la arrastraría Lucio.

IV

Grande fué el dolor y desesperación de la pobre madre cuando tuvo noticia de lo que sucedía.

De un solo golpe perdió á sus dos hijos, y lo que era aún mil veces peor, los veía envueltos en una causa criminal de difícil salida.

¿Qué iba á ser de aquellos dos desventurados si lograban casarse sorprendiendo la buena fe de algún cura?

La ley tendría que caer sobre ellos con una severidad terrible y la vergüenza más horrible caería sobre toda la familia.

Isaac es un miserable, es el último de los bandidos, decía Suero en el colmo del desconsuelo: no en vano le tuve siempre tan cordial antipatía: ¡ah! si yo llego á ponerle la mano encima.

La pobre mujer lloraba con una desesperación conmovedora, pidiendo al cielo le mandara la muerte para verse libre de tanto horror.

¡Preferiría quinientas veces haber perdido á mi hijo, con tal que no fueran hermanos! esclamaba, esto es horrible y no hay corazón humano capaz de resistirlo.

Y dime, preguntaba Suero alimentando una última esperanza: ¿tienes la plena seguridad que ese es Isaac, qué no te engañas?

No tengo la menor duda, rogaría á Dios que no lo fuera, pero desgraciadamente no me cabe la menor duda.

Si no fueran hermanos, el golpe sería menos violento, porque al fin y al cabo con casarlos todo quedaba terminado, pero es mi hijo desgraciadamente, ¡es el hijo de mis entrañas!

No había más que evitar á toda costa la celebración del tremendo matrimonio y tras este empeño se lanzó Suero desde el primer momento.

Profesando Lucio la teoría de que cerca de la casa era donde menos lo habían de buscar, pasó todo el día en la pieza del conventillo, de donde trasladó á Cecilia, una vez que cerró la noche, á casa de su padre, con el ánimo de que éste hiciera las diligencias necesarias para el enlace.

Suero, después de calmar cuanto pudo la agitación de su esposa, se trasladó á la comisaría, donde dió todos los datos necesarios, pidiendo la inmediata prisión de los fugi-

tivos, con tanta actividad como era necesaria para evitar la celebración del matrimonio.

Buscarlo como Isaac, era casi inútil, puesto que por tal nadie le conocía, mientras que buscándolo como Lucio Baldovino sería fácil dar con él.

Y como del hallazgo de los fugitivos dependía la consumación del crimen monstruoso, la policía se puso en campaña inmediatamente.

Suero, entre tanto, se trasladó á la defensoría de menores, que debía tomarse mayor interés en aquel lamentable suceso, donde pidió el amparo del juez para evitar el crimen monstruoso de que iban á hacerse reos sus hijos.

Creyendo una verdad indudable todo cuanto decía Suero, el defensor de menores, asesorado por el doctor Pizarro, tomó todas aquellas medidas tendentes á que Lucio y Cecilia fueran reducidos á prisión, y dijo á Suero se retirara tranquilo que él tomaba en la cosa todo el empeño que ésta merecía.

Suero estaba bajo una agitación febril inmensa; aquella noche no pudo dormir un solo minuto, y á la madrugada siguiente ya estaba en campaña, apurando á los empleados de la comisaría é indagando del defensor de menores si había obtenido algún éxito en las medidas por él tomadas.

La comisaría, con actividad y buen tino, había hallado

ya el rastro de los fugitivos, sabía que éstos se habían alojado en el conventillo y no tardaría en dar con ellos.

La pobre madre no había podido resistir la impresión de tanta desventura seguida y se había enfermado de tal manera que fué preciso llamar médicos, porque se le creía bajo la acción de un ataque á la cabeza.

Y el pobre Suero se volvía requesón atendiendo á su consorte, á los medicamentos, á la policía y á la pesquisa de la defensoría de menores.

Al día siguiente, y cuando ya Suero creía caer enfermo también á causa de las agitaciones pasadas, tuvo una noticia que le hizo saltar de alegría.

Cecilia había sido reducida á prisión junto con Lucio, y los habían puesto á disposición del defensor de menores, no sólo á pedido de este funcionario, sino á pedido de las partes mismas.

Allí podía hablarlos y entenderse con ellos, haciendo los pedidos que creyera conveniente.

Cuando Suero llegó á la defensoría, halló allí á Cecilia solamente.

Lucio había declarado ya, había contado la historia de su aventura, tal cual había pasado y la hemos descripto, pero privadamente al asesor, quien había quedado convencido perfectamente que los jóvenes no eran hermanos y que era preciso casarlos inmediatamente, para tapar de algún modo todas las ligerezas por ellos cometidas.

Suero se opondrá al matrimonio, decía Lucio, porque quiere conservar soltera á su hija: por eso es que yo tuve que fingirme su hijastro, y, sin embargo, el matrimonio está seriamente reclamado por el honor de Cecilia.

Lo que yo digo lo probaré de una manera clara y terminante en el menor espacio de tiempo posible.

Entre tanto, pido que Cecilia no le sea entregada á Suero, por que la mataría á golpes y la pobre no está en estado físico de recibir disgusto alguno.

Cecilia corroboró al doctor Pizarro cuanto había dicho Lucio y el ministerio de menores mandó comparecer á Suero, mientras Lucio iba á recopilar todos los papeles necesarios para la identificación de su persona.

Cuando vino Suero sólo halló á Cecilia, á Cecilia que le negó redondamente que era hermana de Lucio, solicitando, á presencia del doctor Pizarro, el permiso necesario para casarse.

Suero no se escandalizó tanto de la audacia de Cecilia para negar que era hermana de Lucio, sino de la inocencia del asesor de menores para dar crédito á semejante aseveración, en contra de lo que él creía haber demostrado hasta el fastidio.

Si es preciso probar, dijo, probaremos; felizmente no hay nada más fácil para mí: entre tanto yo llevaré á mi hija á casa, de donde jamás debió haber salido, hasta que el juez resuelva en definitiva.

Aquí fué el asombro de Suero, cuando Cecilia se negó redondamente á volver á su casa.

Insolente, perdida, dijo exasperado, y dónde vas á estar mejor que en mi casa, usted nota, señor juez, como han extraviado este espíritu en cuya educación tanto me he esmerado.

Yo iré en depósito á donde el señor juez me mande, dijo la jóven con entereza, pero siempre que no sea á casa de mi padre donde éste me enloquecería á golpes.

Ya ve usted lo que dice, respondió el juez, yo no puedo forzar á la niña á que vuelva á su casa, después de lo que ha manifestado.

Quedará depositada en los Ejercicios, hasta que se resuelva si han de casarse ó no.

V

Suero estaba escandalizado hasta la desesperación.

El ministerio de menores se hacía cómplice de un crimen, según él, y le arrebataba el sagrado derecho de todo padre: tener los hijos á su lado.

Esto era una doble monstruosidad, inconcebible para él y que no podía quedar así, porque si el juez de menores autorizaba el matrimonio, autorizaba un crimen previsto y penado por las leyes.

Suero insistió que le entregara su hija, á quién debía

obligarse á seguirlo á la fuerza, pero el ministerio de menores no le hizo caso, intimándole presentara los documentos que tuviera para probar que Lucio era su hijo, ó el hijo de su esposa y hermano de Cecilia.

Y cuando yo haya presentado esas pruebas, ¿cómo quedará el ministerio de menores que ha estado protegiendo el crimen á pesar de lo que yo he manifestado?

El ministerio de menores sabe lo que hace, no se preocupe usted por eso, sino por la prueba que ha de presentar usted, si no, por más que usted diga, habrá que casar á los jóvenes.

La desesperación sacó de la cama á Raimunda, que seguía enfermísima.

¿Cómo podía permanecer impasible cuando se trataba de casar á los dos hermanos?

Suero le había referido todo cuanto le había dicho el asesor de menores, pero aquello le parecía tan imposible, que llegó á creer que Suero había perdido la cabeza.

Yo iré, yo misma á hablar con el defensor de menores, dijo, y se trasladó á la defensoría.

Como Raimunda se creía positivamente, y fuera de la menor duda, la madre de Lucio, hablaba con una pasión y una vehemencia capaz de convencer á cualquiera.

Es mi hijo, son mis hijos, señor, decía: ¿cómo no he de saber yo, su madre, si lo son ó no lo son?

El matrimonio no es posible, porque son hermanos;

porque eso sería una monstruosidad que ningún juez de este mundo puede autorizar á sabiendas.

Sin embargo, ellos sostienen que no son hermanos, y se ofrecen á probarlo.

Es que tienen la cabeza perdida, y no saben lo que hacen ni lo que dicen; se han enamorado, el alejamiento en que han vivido el uno del otro, les ha hecho menos repugnantes sus criminales amores, y sólo la pobre niña, ha creído la fábula que el desgraciado inventó para facilitar sus malvados intentos.

Pero no es concebible que un hombre se haga reo delante de la autoridad que lo observa, de un delito que debe ser castigado con la mayor severidad, y que en vez de huir, acuda á los tribunales á sostener sus derechos.

Usted se engaña, señora, los jóvenes no son hermanos; Lucio no es hijo de usted, aunque se lo ha hecho creer con tanta picardía.

Pero esto no puede suponerse, señor juez, exclamaba la pobre mujer llorando; ¿cómo quiere usted que yo no sepa si es ó no es mi hijo?

¿Por qué se inclina el juez á creer la versión de los jóvenes, y no la de sus padres, cómo debía de ser?

Desde que no han presentado hasta ahora ninguna prueba, tanto valor tiene lo que ellos dicen, como lo que decimos nosotros, ¿por qué se empeña entónces el juez en sostener que lo que ellos dicen ha de ser la verdad?

¿Quién puede haber más interesados que los padres mismos en la felicidad de los hijos? Entónces la palabra de éstos no debía ser sospechada y privada la razón, sin haber visto una sola prueba en contrario.

El ministerio de menores en este caso, cree que los jóvenes no son hermanos, porque es perfectamente verosímil la historia del engaño que ellos refieren.

¿Por qué no puede usted haber sido engañada, señora? ¿Por qué Lucio Baldovino no puede haberse hecho pasar por Isaac Suero, cuya historia conocía, para acercarse al objeto de su amor?

Ustedes le han creído bajo palabra, le han admitido como hijo, sin exigirle la menor prueba, y ahí están las consecuencias.

El corazón de una madre no se equivoca nunca respecto á sus hijos, señor juez, y el mío no se ha equivocado respecto á Isaac.

Él es mi hijo, y por más inventiva que tenga, ni podrá probar lo que diga, ni se atreverá á negarlo en mi presencia.

El juez de menores, mandó llamar á Lucio, para que tuviera un juicio verbal con sus padres, supuestos ó reales, y en la esperanza que alguno de ellos pudiera convencerse.

Pero no había medio de convencer á los esposos Suero, que querían á todo trance que el juez les entregara á Cecilia.

Lucio se reía, como si le hicieran cosquillas, de cuanto decían sus supuestos padres.

¿Pero cómo me van á enseñar ustedes á conocer á mis padres, de cuyo lado no me he apartado ni un sólo momento de la vida? Es preciso, señora, que usted se convenza que no es mi madre, ni ha podido serlo nunca.

¿Con qué te atreves á negarme, hijo malvado? exclamaba la pobre mujer llorando amargamente. ¿Con qué te atreves á decir que yo no soy tu madre? No sabía que eras tan malvado, criatura; pero no en vano hay un Dios en el cielo; la verdad ha de brillar al fin, y tu crimen no quedará impune.

Lucio, al escuchar lo que decía Raimunda, reía como si le hicieran cosquillas.

Usted, decía, ha creído la fábula que inventé para acercarme á Cecilia, pero ha llegado el tiempo de destruir esa fábula y decirle á usted que ha estado lamentablemente engañada.

Era tal la travesura y jovialidad con que Lucio contaba lo que había sucedido, que ninguno de los que escuchaban podían contener la risa; risa general que irritaba á Raimunda y sacaba á Suero de sus casillas, haciéndolo pronunciar las frases más cómicas y los argumentos disparatados más originales.

No había medio posible de llegar á un arreglo, porque

ninguno de ellos quería conceder la menor razón al adversario.

Mientras cada uno prueba lo que dice, esclamó el juez, la menor Cecilia quedará depositada en los Ejercicios, no puede hacerse otra cosa, á no ser que ella cambie de parecer y quiera volver con ustedes, porque ustedes deben de notar que no es el ministerio de menores sino ella misma, la que no quiere ser depositada en la casa paterna.

Raimunda se retiró más enferma de lo que había venido; el disgusto y el dolor de verse negada por su propio hijo la había agravado de tal manera, que apenas tuvo tiempo de llegar á su casa.

Suero estaba sumamente irritado, amenazaba al cielo y á la tierra y decía que iba á presentarse contra el defensor de menores y contra el diablo mismo, si el diablo se mezclaba en aquel asunto.

Ó reviento yo y revientan ellos, ó no se casan.

Á donde vamos á parar si es la justicia misma la que ha de fomentar y ayudar la perpetración de los delitos.

¡Ya verán el escándalo que voy á meter en los tribunales! ¡Ya verán si un defensorito de menores puede jugar con los sentimientos más sagrados y hacer lo que le se dé la gana!

Vamos á ver si los tribunales de primera instancia

opinan como ese imbécil, por no decir otra cosa, ó nos mandan entregar nuestra hija en el acto.

Al día siguiente salió Suero en busca de los mejores abogados, para consultar con ellos el punto y encargar la defensa de su causa al que le diera mayores esperanzas de éxito.

Guiado por las recomendaciones de algunos amigos, Suero fué á ver al doctor Norris, persona que le pareció bastante competente para fiarle la defensa del famoso pleito.

VI

El doctor Norris había escuchado con la mayor atención y paciencia la larga exposición de Suero.

¿Y qué prueba podríamos presentar en apoyo de lo que dice usted? preguntaba el abogado que encontraba muy razonables las pretensiones de su nuevo cliente.

¿Qué más prueba que la partida de bautismo de ese desventurado y el testimonio de todas aquellas personas que desde chico lo han conocido viviendo conmigo como Isaac Suero?

Ahí está su propio padrino y todas las personas íntimas de la familia.

El abogado, creyendo defender la causa más justa y razonada de este mundo, se hizo cargo del pleito citan-

do á Suero para el día siguiente, en que después de una última conferencia, presentarían el escrito ante el juez Molina Arrotea, que estaba de turno.

Todo nos favorece, decía el abogado, hasta la casualidad de estar de turno Molina Arrotea; el más inteligente y observador de todos los jueces.

Puesto en antecedentes de los nuevos detalles del asunto, el doctor Norris inspeccionó el escritazo de que nos ocupamos al principio, y el pleito empezó de manera tan enredada, que parecía una cuestión interminable.

¿Cómo podía permanecer Cecilia en los Ejercicios los dos, cuatro ó mas años que tardaría el juez en fallar? La niña no ha calculado lo que ha pedido y pronto tendrá que arrepentirse, porque la vida de los Ejercicios no debe ser tan apetecible que digamos.

Á la presentación del escrito de Suero se siguió lo informado por el asesor de menores, hasta que el juez, como hemos visto, puso la causa á prueba por el término de veinte días, durante los cuales Lucio y Suero tendrían que presentar todas las pruebas que tuviesen en apoyo de la historia por cada cual referida.

Aquí empezó el interminable enredo de todo asunto judicial, las citaciones de testigos, las declaraciones, juramentos, informes de curia, ratificaciones, partidas y todas las plagas judiciales conocidas que se desencadenan como un huracán terrible contra los clientes

pleitistas que no se sospechan el avispero donde han caido.

Aunque parecía que la cuestión era muy fácil de probar á una de las dos partes, puesto que una de las dos debía de tener razón, bien podía enredarse de manera que ni Cristo la sacara adelante en menos de dos años de pleito.

Lucio Baldovino se presentó primero con un arsenal de todos los diablos.

Padre, hermana, cuñado, amigos, conocidos, maestros, patrones, partida de bautismo, declaraciones y todo aquello que puede servir para identificar á una persona, había sido traido al juzgado, para probar con ellos que él no podía ser hermano de Cecilia, puesto que era Lucio Baldovino, hijo de Viviano Baldovino, allí presente.

Lucio presentaba una prueba tan completa que no era posible dudar de ella, pues principiaba en su fe de bautismo y terminaba en el momento aquel de su travesura, en que se le ocurrió pasar por Isaac Suero para acercarse á la hermosa Cecilia.

Allí debía declarar su padre, el cura que lo había bautizado, la maestra que lo había enseñado á leer y escribir, médicos que lo habían asistido en diferentes enfermedades y todo el reguero de relaciones de la familia y aún de conocidos y vecinos.

Si se hubiera ido á tomar declaración detallada y mi-

nuciosa á todo el arsenal que presentaba Lucio, el secretario Raggio, á pesar de ser un verdadero rayo en rapidez de trabajo, no hubiera concluído de tomarlas, en media docena de años.

Era preciso tomar aquellas que fueran más pertinentes al objeto, porque sino podrían pasarse muy bien los veinte días del término sin haber probado nada.

La prueba presentada por Lucio no podía ser más completa: era indudable que era Lucio Baldovino, hijo de Viviano Baldovino y de Magdalena Nieto.

Lucio, como su padre, daba un detalle preciso de todas las casas que había habitado desde el nacimiento de aquél, y de todas las personas que habían conocido al primero desde su niñez.

Lucio, además, probaba como había inventado aquella traviesa historia de su cambio de nombre para acercarse á Cecilia, con el amigo que había mediado en ella, con la misma Cecilia y con una amiga íntima de ésta, sabedora de cuanto había sucedido.

Cómo era posible dudar ante semejante cúmulo de pruebas.

Sin embargo, los esposos Suero rechazaban todas aquellas pruebas, exhibiendo otro arsenal que, por lo menos, en el primer momento, podían hacer vacilar la opinión de un juez que no tuviera las dotes de observación del doctor Molina Arrotea.

Ellos también demostraron con un regimiento de testigos, de parientes, fe de bautismo, partera, padrinos, vecinos y conocidos, que aquel era Isaac Suero, que por tal le habían conocido y que como tal había procedido siempre aquél.

Lo que hay es que la más famosa y contundente prueba de Suero se refería al año y medio que Lucio había pasado en su casa, año y medio durante el cual él mismo confesaba que se había dado á conocer como Isaac Suero por las razones que ya se conocen.

Ahora, durante los años que habían pasado desde la huida de Isaac hasta entónces, los esposos Suero nada podían probar, sino el hecho de que Isaac había huído de la casa y no había aparecido hasta entónces.

Pero quién les había garantido que aquel Isaac que habían perdido siendo una criatura, era aquel hombre encontrado por Suero en la ciudad de La Plata.

Ninguna prueba le habían exigido entónces para la identificación de su persona, ni él la había dado tampoco.

Esa es tu madre, le había dicho Suero cuando estuvo delante de Raimunda, abrázala.

Y él la había abrazado sin el menor escrúpulo, porque aquel era precisamente el abrazo que lo acercaba á su amada Cecilia.

Los pocos detalles que había dado respecto á su niñez, eran los que le había narrado Cecilia y esto sólo había

bastado al inocente Suero, como prueba concluyente de que Lucio Baldovino era Isaac Suero.

Durante los años que estuvo ausente del hogar bien podía Isaac haber pasado por Lucio, pero el padre y su hermana Magdalena, Lucio Baldovino presentaba testigos que lo habían conocido en su niñez, y precisamente en la época en que Isaac Suero no había salido del lado de sus padres.

El abogado de Suero hacía esfuerzos sobrehumanos por desentrañar pruebas de aquellas irrecusables, para sostener los derechos de Suero, pero no era posible luchar contra la evidencia y ya el espíritu de Suero mismo empezaba á dudar de que le dieran razón.

La prueba testimonial era inferior á la que había presentado Lucio.

Raimunda, desesperada y en la conciencia de que aquel hombre era su hijo, recurrió á una prueba que ella llamó corporal, y que creyó mucho más positiva y eficaz que todas las que se habían presentado hasta aquel momento.

Yo voy á probar de una manera incuestionable que ese hombre es mi hijo, que es hermano de Cecilia, y, por consiguiente, que no pueden casarse sin cometer un crimen.

Es el cuerpo mismo de Lucio Baldovino.

¡Es el cuerpo mismo de Lucio Baldovino el que va á mostrar de una manera palpable que no es tal Lucio Baldovino, sino mi hijo, Isaac Suero!

La idea de la pobre madre era demostrar por medio de la ciencia, lo que creía haber demostrado también por la información testimonial, que su hijo mentía al decir que no lo era.

Hay señales en su cuerpo que yo recuerdo perfectamente bien y que no puede adivinar, que demostrarán mis afirmaciones de una manera palpable y fuera de duda.

Es preciso que el juez haga reconocer por un médico el cuerpo de Isaac, y si resulta que tiene las señales que yo digo, no tiene más remedio que declarar que es mi hijo y no hacer lugar al pedido de matrimonio.

Es la última prueba que vamos á presentar, pero es la más eficaz de todas.

El doctor Torres encontró buena la idea y se presentó escrito pidiendo al juez que se nombrara un médico, no sólo para examinar el cuerpo de Isaac y buscar en él las señales que Raimunda sostenía debía tener, sino para que informara sobre los puntos de contacto que había en el físico de Isaac y el de su madre y su hermana, siendo muy posible que la conclusión médico-legal viniera á demostrar claramente la verdad que se buscaba.

Un hábil médico, podía presentar muy bien la prueba concluyente de si eran ó no madre é hijo

El doctor Molina, haciendo lugar á este pedido, nombró al doctor Pedro M. Giraud para que informara lo pedido en el escrito.

Se hicieron entónces comparecer al juzgado, para que el médico pudiera comprobar la identidad ó diferencia de los físicos á doña Raimunda Sucro, don Viviano Baldovino, Lucio, su hermana Magdalena, su supuesta hermana Cecilia y el asesor de menores, quien cada vez estaba más convencido que no eran hermanos.

Antes de entrar al examen de los parecidos del temperamento y facciones, el asesor, doctor Pizarro, preguntó á Raimunda cuales eran las señales particulares que tenía su hijo: respondió que tenía un lunar blanco en la parte superior de la espalda y en el lado izquierdo, exactamente á uno que ella misma tiene, con la sola diferencia que el de ella está situado un poco más abajo, aunque en idéntico sitio.

Raimunda dijo también que tenía un lunar negro y grande sobre el cuadril derecho, aunque podía muy bien trascordarse y estar situado en el izquierdo.

¿Qué otras señales particulares tiene su hijo Isaac en el cuerpo y por las cuales puede identificarse su persona? preguntaron á Raimunda.

Tiene una cicatriz en el hombro izquierdo, cicatriz que proviene de una mordedura de perro, y un lunar con pelo en el antebrazo izquierdo, semejante á uno que tengo yo misma en igual paraje.

Estas son todas las señales particulares que tiene mi hijo en su cuerpo, pero que bastan para que se me dé la razón y no pueda negar más que es mi hijo.

Era preciso comprobar la existencia de aquellas señales particulares, con gran desconsuelo de Lucio, que decía que aquel examen podía costarle un catarro ó una pulmonía, pero no era posible ni le convenía á él mismo dilatarlo.

Pasaron á uno de los tantos covachoncitos en que se divide el palacio de justicia y allí el amigo Lucio, no tuvo más remedio que vestirse de Apolo para que el doctor Giraud girase dos ojos alrededor de su cuerpo.

Buscado el lunar blanco de la espalda se encontró que Lucio no tenía ningún lunar blanco en la espalda, pero que en cambio tenía tres lunares negros y peludos, dos en la parte inferior del cuello y uno en la parte izquierda sobre el homoplato.

Examinado en seguida el lunar de la señora Raimunda, resultó que éste estaba situado sobre el espinazo y que era de diferente color que los que tenía Isaac.

El señor doctor Giraud, prosiguiendo su examen, constato que Baldovino no tenía lunar alguno en los cuadriles y que tenía uno bastante grande y peludo sobre el vientre y hacia el matambre izquierdo.

La cicatriz de mordedura no existía, como no existía tampoco el lunar de los cuadriles.

El doctor Giraud concluía diciendo que los lunares de la espalda eran de nacimiento y, que, por consiguiente, doña Raimunda, como madre, debía haberlos conocido.

En cuanto al parecido de las fisonomías, examinadas detenidamente, el doctor Giraud no hallaba ninguno entre la señora Raimunda y Lucio Baldovino ó Isaac Suero.

No solamente no tenían ningun parecido fisionómico, si no que en cuanto al temperamento mismo, pues, el de Lucio es linfático sanguíneo y el de la señora es nervioso.

Que entre Lucio y Cecilia no hay la menor semejanza que pueda hacer creer que sean hermanos, ni en la fisonomía, ni en el temperamento, ni en el carácter, por los datos que de este último se le daban.

Que era tanta la diferencia, que sin ningún temor de equivocarse, podía asegurar que los dos jóvenes no eran hermanos.

Examinada Magdalena Baldovino, el doctor Giraud declaró: que en cambio había una semejanza asombrosa entre las facciones de ésta y las de Lucio, y que tanto en constitución como en temperamento eran iguales, al extremo de no poder dudarse que, si no eran hermanos, eran parientes muy próximos.

Cada conclusión de éstas hacía sonreir á Lucio y Cecilia mientras Suero hacía cada gesto de vinagre que daba risa.

Tenía en sus manos el crucifijo que había desprendido de la cadena del reloj, dándole cada beso que hacía sonreir al secretario Raggio con toda la malicia de que era susceptible.

Y el doctor Molina tenía que mantener su gravedad de juez, aunque cada detalle de aquellos le hacía formidables cosquillas.

Examinada la fisonomía de Luciano Baldovino, y comparada con la de su hijo, resultó que tenía una semejanza absoluta.

El corte de la nariz y el color de los ojos, la calidad y color del pelo, la estatura, la conformación del cuerpo y hasta el aire de uno y otro eran exactamente iguales.

El juez preguntó entónces cual era su conclusión y si en ella podía asegurar ó negar que Lucio y Viviano eran padre é hijo, el doctor Giraud aseguró que podía asegurarse que Viviano era el padre de Lucio sin el menor recelo de equivocación.

La conclusión venía, pues, á ser terminante, y, por consiguiente, las acciones de Suero habían bajado de una manera notable.

Se podía jugar dando la fila de las probabilidades y con usura, á que había matrimonio decretado por el juez.

La pobre doña Raimunda lloraba amargamente su desengaño, pues ella misma empezaba á convencerse que aquel jóven no era su hijo y que era cierta la historia del engaño que había puesto en práctica para acercarse á Cecilia.

VII

Por dolorosa que fuera, al fin era la verdad y no había más remedio que aguantarla, viniera como viniera.

El que no se conformaba ni á palos era Suero, Suero que había consultado de eso con su director espiritual y que creía que, con las pruebas por él presentadas, había lo bastante para demostrar que Lucio era su hijastro y que, por consiguiente, no se podía casar con Cecilia.

Yo soy franco decía, yo no me atengo á mi propia opinión, sino que consulto con Dios por medio de sus ministros en la tierra, y estos me dicen que son hermanos y que el matrimonio sería un crimen de los más brutales que se podrían cometer.

Pero si no hay tal crimen, decía Lucio, si aquí están mi padre y mi hermana que me conocen desde que nací y de cuyo lado no he salido nunca.

Como puedo ser hijastro de semejante viviente.

Ya lo veremos, ya lo veremos, añadió Suero; todavía el juez no ha examinado mi prueba—veremos lo que dice cuando vea escritas declaraciones de personas que valen y que no han de venir á mentir por complacerme.

Y todos reían al ver el empeño que tenía Suero de convencer al juez, que sus testigos eran de primera fuerza.

Ahí está don Anacleto Cazón, decía, hombre religioso y puro; ¿cómo ha de mentir?

Don Anacleto Cazón, que ha sido primero católico y después protestante, para renegar enseguida de los protestantes y hacerse católico, no puede declarar en ninguna causa, y si declara, su declaración no valdrá ni cuatro reales, ni podrá ser tomada en cuenta de ningún modo.

Se iba á armar una cuestión de todos los diablos, entre padrastro é hijastro, cuando el juez, doctor Molina, declaró terminado el acto; quedando resuelto por todos, que examinando la prueba presentada, el juez fallaría como lo creyera más equitativo y legítimo, y que de esa resolución no apelaría el que saliera condenado.

Todos aceptaron la cosa, y el secretario Raggio, reservó sus cargos para la próxima audiencia, sospechándose que ellos serían fulminados contra Suero.

Éste reposaba en su prueba que creía concluyente, á pesar de lo que aseguraba el doctor Giraud.

Suero, entre otras cosas, le había hecho absolver unas posiciones que él creía terminantes, pero que en realidad, nada valían ni podían influir en el ánimo del juez ni persona alguna.

Todas se referían al tiempo que Isaac había pasado en su casa dándose ese nombre; lo que Lucio no negaba, sino que lo fundaba de una manera razonada, explicando los

motivos que á ello lo impulsaron; motivos que eran la base de todo el litigio.

Suero, presentaba más de veinte testigos que declaraban haber conocido á Lucio, como Isaac Suero, y hasta presentaban diversas cartas suyas firmadas con aquel nombre.

Pero, todos estos testigos, eran de la época en que Lucio había cambiado su nombre, y nada probaban, ni tenían la menor fuerza.

Pero, antes de esa época, Suero no presentaba ningún testigo, ni siquiera prueba que demostrara que el jóven no era Lucio Baldovino.

La partida de casamiento de Raimunda con Vera y la partida de bautismo de Isaac Suero, probaban que ella se había casado con Vera, y que de su matrimonio había nacido un niño llamado Isaac; pero esto no probaba, ni podía probar, que ese Isaac fuera Lucio Baldovino, que había identificado su persona con testimonios irrecusables como las declaraciones de toda su familia, de sus primeros maestros y dado un detalle minucioso, que podrá comprobarse sin la menor dificultad.

Era indudable que Suero procedía de buena fe, porque creía á puño cerrado que Lucio era su hijastro, pero por la buena fe de Suero no se podía condenar á Baldovino ni usurpar á Cecilia sus más sagrados derechos.

La misma doña Raimunda había flaqueado al último

y ya no sostenía que Lucio era su hijo, aunque decía que tampoco lo podía negar.

El mismo doctor Norris se había dado por vencido, declarando que él también creía que su cliente estaba equivocado, porque se había convencido que la persona de Lucio Baldovino había quedado perfectamente identificada, identificación que había venido hacer más concluyente la opinión científica del doctor Giraud.

Y tan convencido estoy, añadió el abogado patrocinante, que declaré á Suero que no lo acompañaba en aquel pleito, porque no tenía razón; que lo defendería en el reclamo de su hija y ejercicio de los derechos de la patria potestad, pero nada más.

Este fue un golpe de maza para Suero que tenía en su abogado una fe ciega.

Pero no por eso se declaró vencido.

Yo no lo doy todo por perdido, decía, aunque mi mismo abogado se declare gusano.

Cuando falle el juez si falla en contra, ya verán que recurso toco, y que elementos me quedan para poner en juego.

Y estaba tan convencido de que siempre tenía la causa ganada por él, que se reía de todo aquello que antes lo aterraba y miraba con cierta indiferencia hasta la misma sentencia del juez que todos se habían comprometido á acatar.

En vano Norris había tratado de sondearlo, pidiéndole aquellos nuevos elementos de defensa, Suero no se los había querido dar, diciendo:

—¿Y qué voy á decirle á un abogado que abandona á su cliente antes de perder el pleito?

Ya no es usted mi abogado y nada tengo que decirle: ya me haré yo defender por quien vale.

¿Qué demonio de esperanza tenía Suero, que así le hacía confiar en el resultado de la cuestión?

¿Iría el doctor Molina á modificar su opinión por alguna nueva prueba presentada y fallar que Lucio y Cecilia eran hermanos?

Pronto veremos el gran recurso que tenía Suero como último para ganar su causa perdida.

El doctor Molina, después de estudiar la causa con toda la detención que le es característica, examinando pieza por pieza de las que se habían presentado á juicio, hizo que su secretario preparara los rayos á descargar, y después de fundamentos de asombrosa claridad y previsión, lanzó los rayos sobre la cabeza de Suero, declarando que Lucio Baldovino era Lucio Baldovino, que no era semejante hijastro suyo, y que entónces Cecilia no era su hermana, pudiendo los dos jóvenes contraer el deseado matrimonio.

Todos firmaron aceptando aquella sentencia definitiva, menos Suero, que después de llorar un par de mi-

nutos y besar durante cinco el crucifijo de su cadena de reloj, declaró que no tenía fuerza para firmar y que no firmaba su sacrificio.

En vano fueron las razones eléctricas que improvisó Raggio, Suero volvió á besar su Cristo y á declarar que no firmaba, porque no podía firmar una monstruosidad: un matrimonio entre hermanos.

El asunto de la identidad de su persona estaba terminado: sólo faltaba el asunto matrimonio, que era lo que interesaba á Baldovino y lo que había sido origen de aquella larga y risueña cuestión.

VIII

Baldovino, viendo la insistencia de Suero en negar su consentimiento para que se celebrara el matrimonio, se presentó solicitando del juez la licencia necesaria para efectuarlo á la mayor brevedad, pues así lo requería y exigía el estado de Cecilia.

Aunque toda gestión con Suero parecía imposible, á indicación del asesor de menores, Lucio se vió con Suero á quien rogó le otorgase la mano de Cecilia, puesto que se había plenamente probado que no eran hermanos.

¡Ni aunque reviente, había contestado Suero; ni aunque reviente mil veces seguidas!

No te has de casar con Cecilia, yo te lo juro á fe

de Suero, tengo todavía armas para combatir tu casamiento, y ganártelo de una manera que ni tú ni el juez se la imaginan.

—¡Pero amigo mío, repare usted todos los perjuicios que causa con su terquedad! Cecilia necesita casarse porque así conviene á su buen nombre: ésta no es sólo una cuestión de capricho sino una cuestión de delicadeza tanto para ella como para mí.

—No te has de casar, no te has de casar, maldito, gritaba Suero.

¿Qué crees que no hay más que introducirse en una casa y hacer lo que se quiera á pesar de la voluntad de su dueño?

No, señor; no te has de casar, y veremos cual es el juez que puede desbaratar mi proyecto.

Discurrir con Suero y pretender arrancarle su consentimiento, era perder tiempo: así lo comprendió Lucio, y se fué á ver á Raimunda, cuyo consentimiento era de gran importancia porque él representaba la mitad del pleito ganado.

Doña Raimunda era persona mucho más razonable y fácil de convencer.

Ella, si no se había penetrado de que Lucio era su hijo, por lo menos había visto la posibilidad de que no lo fuera.

Dudaba, pensaba en ciertos detalles, en la fisonomía

de Isaac cuando se le fué, y no hallaba la menor semejanza con Lucio, concluyendo á veces por decir al mismo Suero:

—No es mi hijo, Suero, no es mi hijo, él no me hubiera negado, porque no era un malvado mi Isaac y no habría tenido el coraje de causarme esta pena.

El que es capaz de enamorar á su hermana, á sabiendas, es capaz de todas las monstruosidades cometidas, no tengas duda.

Tu hijo es un monstruo, Raimunda; un miserable, no tengas duda, y como ha visto que ha dado con imbéciles y que hará lo que quiera, seguirá sosteniendo su novela hasta el fin, suceda lo que suceda.

—Dios lo inspire á mi pobre hijo, si él es, pero yo he empezado á dudar ya y esta duda que antes hubiera sido un martirio para mí, hoy es un consuelo.

¡Prefiero cien veces que no sea Isaac, á la monstruosidad de verle casado con su hermana! crimen para el que nunca podría tener conformidad.

— No seas inocente, que es Isaac, decía Suero, y en cuanto á lo de casarse, eso es lo que está por ver, porque aunque el juez lo consienta, yo tengo en mi mano medios de impedirlo.

— ¡No me dés una esperanza cuya pérdida me costaría un desencanto más! respondía Raimunda, que se cumpla la voluntad de Dios y suceda lo que ha de suceder, pero

sin estar en esta ansiedad suprema y estas alternativas que van á concluir con mi vida.

— Yo ahora no hablo de esperanzas si no de seguridades, había dicho Suero, y ya verás como contra las armas que yo tengo no hay diablo que pueda.

Raimunda quedó más conforme, pero no convencida, porque Suero desde un principio le había dicho lo mismo y había perdido la causa.

Resignada á lo que viniera, y amando más la tranquilidad de su pobre hija que la suya propía, deseaba en el alma que Lucio no fuera su hijo para que aquella fuera feliz y no conociera nunca la realidad de la desventura inmensa de que había estado amenazada.

Esta era la disposición de su espíritu cuando Lucio fué á pedirla que consintiese en su enlace con Cecilia.

— Yo, al descubrir la fábula que había tegido para acercarme á Cecilia, la he quitado un hijo que usted creía tener, pero al casarme la doy otro hijo que la ama y respeta, y que hará todo lo posible por hacerla olvidar estos malos momentos.

Negándose ustedes al matrimonio, yo tendré que acudir al juez, porque el estado de Cecilia no admite pérdida de tiempo, y el juez me dará la licencia que ustedes me niegan, no tenga duda, y me casaré contra su gusto, que es lo que yo quiero evitar.

De Suero no me importa nada, porque es un tonto dís-

colo, que obra de mala fe, pero con usted no me sucede lo mismo.

No quisiera que entre usted y nosotros hubiera el menor disgusto, porque esto haría sufrir á Cecilia y yo no quiero que Cecilia sufra, si no que sea feliz en compañía de su buena madre, de la abuela de nuestros hijos.

Lucio se le entraba á Raimunda por el lado sensible, la ganaba el lado de la madre y estaba seguro del mejor éxito.

Para borrar en ella todo escrúpulo, Lucio le dió ciertos detalles de su vida juvenil, que era imposible dudar de ellos, y fué tal la verdad con que narró su encuentro con Cecilia y la manera con que había fraguado su historia, para evitar la persecución de Suero, que la pobre mujer se dió al fin por vencida, diciendo:

— Yo ahora estoy convencida de que no eres mi hijo realmente, y si algún escrúpulo me quedase, basta para arrancármelo el fallo de los jueces, porque es muy difícil que ellos se equivoquen en una cuestión que debía ser decidida por las pruebas que cada uno presentase.

Yo te doy mi consentimiento íntimo, el consentimiento que nace del fondo de mi corazón, porque veo que amas á Cecilia y que es por su amor que has hecho todo ese enredo.

Pero yo no puedo darte un consentimiento público,

porque Suero se irritaría conmigo, y sabe Dios hasta donde lo llevaría la violencia de su carácter.

Como has podido verlo ya, Suero es un hombre muy terco, muy caprichoso y malo, si yo te doy el consentimiento para que te cases, él me va á echar la culpa de todo, y sabe Dios á donde iremos á parar con estos escándalos sobre escándalos.

No importa, es lo que yo quería saber, respondió Lucio, que mi casamiento no me costaría un rompimiento con usted: ahora soy feliz, completamente feliz y voy á presentarme gestionando el permiso que Suero me niega.

Dios te oiga, mi hijo, decía Raimunda, porque no hay cosa más tremenda que los disgustos y las enemistades entre padres é hijos, porque ellas no hacen sino engendrar amargura sobre amargura.

Yo te prometo hacer todo lo que esté al alcance de mi mano por convencerlo, lo que no me será muy difícil una vez que ustedes se hayan casado y ya la cosa no tenga más remedio.

Él está halagado con un plan famoso que dice que tiene entre manos, y por eso está duro, pero cuando vea perdidas sus esperanzas, no dudes que cederá, y, sobre todo, como ya la cosa no tendrá más remedio que aceptarla, se conformará, porque al fin y al cabo peor será perder á su hija para siempre y no verla más ni poder prodigarle sus cariños.

—Bueno, respondió Lucio, la tranquilidad de todos depende de esto solamente y nadie mejor que usted puede conseguir que Suero ceda.

Así Lucio se separó de Raimunda en las mejores y más cariñosas relaciones de este mundo.

Por este lado nada tendría que temer y podía llevar á Cecilia el consuelo del consentimiento materno.

IX

Lucio, desde aquel momento, no se ocupó de otra cosa que de gestionar judicialmente, y defendido por el mismo asesor de menores, el permiso judicial para contraer el deseado matrimonio.

Había poderosas razones para esperar que el juez, doctor Molina Arrotea, daría el permiso solicitado.

El estado de Cecilia reclamaba imperiosamente el matrimonio.

La madre de Cecilia, por su parte, consentía en él, porque se había convencido no tener razón para negar el consentimiento.

Y además de todo, se había convencido desde un principio que se acataría por todos ellos lo resuelto por el juez y que el matrimonio se celebraría una vez pronunciado el fallo ó no se celebraría si aquel fallo era favorable á Suero.

El juez había declarado que no eran hermanos, porque esto se había probado en los autos clara y terminantemente.

¿Qué se esperaba entónces para decretar el matrimonio?

Lucio demostraba á su vez que el matrimonio era urgente, y que el permiso judicial se diera sin pérdida de tiempo.

Suero encaró la cuestión por el lado de la patria potestad, cuyo ejercicio reclamaba como uno de sus más sagrados derechos.

El abogado le encontraba razón á este respecto, pues era un derecho que tenía, fuera ó no fuera Lucio hermano de Cecilia. Pero había el convenio aceptado y firmado por todos, convenio que no podía destruir la sola voluntad de Suero, y que era preciso tener en cuenta.

Suero lloró, cubrió de besos su Santo Cristo, se arrepintió de aquella firma puesta al pie de aquel convenio sin que su Cristo se la hubiera inspirado y dijo que aquello era un atentado, porque un padre debía siempre mandar, y su voluntad ser respetada por sus hijos, sin que hubiera juez en el mundo que pudiera despojarlo de los derechos que le había dado el cielo.

—Música celestial, decía Lucio, música celestial, porque un padre no puede hacer valer su voluntad para ahorcar á sus hijos, y el convenio ha de cumplirse porque el mismo juez lo ha autorizado con su firma.

El doctor Molina volvió á estudiar concienzudamente los autos, se penetró de la urgencia del caso, y dió al fin su consentimiento, librando oficio á la curia para que esta hiciera efectuar el matrimonio.

Era este el terreno en que Suero lo esperaba seguro del triunfo.

Desde que quedó probado plenamente que Lucio y Cecilia no eran hermanos, y, por consiguiente, que el matrimonio podía celebrarse sin cometer ningún crimen, Lucio obtuvo permiso del asesor para visitar á Cecilia, á quien no había podido ver á pesar de todas sus travesuras puestas en práctica.

En vano había rondado la santa casa de Ejercicios, en vano había entrado con diferentes pretextos, había dado siempre la maldita casualidad que Cecilia había estado ú ocupada ó enferma y no le fué posible verla.

Al principio había conquistado, mediante algunos regalitos, la confianza de una beata portera, quien lo había hecho hablar dos veces con Cecilia, pero la buena beata se había enfermado y no había medio de seducir á la que la reemplazó, pues aún no le había hallado el lado flaco y accesible.

Cuando los dos amantes se vieron con permiso del asesor de menores, la alegría de los pobres jóvenes fué infinita; porque Lucio le llevaba la doble noticia de que el juez había declarado que no eran hermanos

y que había dado su consentimiento para que se casaran.

Las beatas que presenciaron la entrevista, porque no era posible hablar sin que ellas escucharan, quedaron atónitas ante semejante noticia.

Al principio quisieron impedir que tuviera lugar un dialógo tan mundano é impropio de aquella santa mansión de almas descarriadas, pero la órden que el jóven llevaba no podía ser más clara y terminante.

«El portador, Lucio Baldovino, decía, tiene autorización para hablar con su prometida la menor Cecilia Suero.»

Asimismo antes de dar el pase á la bula, las hermanas y beatas se reunieron para resolver sobre el grado de moralidad de semejante conferencia, resolviendo autorizarla, pero con presencia de dos de ellas, para evitar cualquier palabra que no estuviera ajustada al reglamento de la santa casa.

Lucio quiso besar la frente de su prometida, pero á esto se opusieron terminantemente las beatas fiscales, pues si la autorización del defensor de menores decía que podía hablar con su prometida, no consignaba la menor palabra con respecto á besos.

—Es una mortificación, dijo Lucio, pero poco tiempo les queda de mortificar nuestras acciones, pues dentro de pocos días vendré á buscarte para que no nos separemos más en la vida.

Es preciso que tengamos paciencia, un poco más de paciencia, que pronto nos veremos libres de esta inspección inaguantable.

Cuando la pobre jóven supo que la madre estaba convencida que no eran hermanos y que daba también su consentimiento, su alegría fué inmensa.

Amaba á su madre entrañablemente y no se conformaba con verse privada de su cariño y su amparo.

Soy feliz, decía á Lucio, con la voz temblorosa por los sollozos, soy inmensamente feliz, pues no podía acostumbrarme á vivir privada de su cariño y de su amparo.

Yo voy á prepararlo todo para nuestro enlace, respondió Lucio, haciéndole mil cariños, á pesar de las amonestaciones de las beatas, porque es preciso que me apure.

La curia dará pronto cumplimiento á la órden del juez, y es preciso que esto no nos agarre sin un nido donde entregarnos á nuestra felicidad.

Y Lucio se retiró dejando á Cecilia feliz, todo lo feliz que podía ser en la horrible situación porque atravesaba.

Y con las economías hechas con aquel objeto preciso, Lucio empezó á comprar aquello más necesario para arreglar su nido de amores, en casa de su padre, donde se había resuelto ir á vivir por razones de economía y de cariño.

En pocos días más, Lucio lo tenía todo arreglado: había comprado un juego de muebles alegres y sencillos,

encargando á Magdalena todo lo referente á prendas de mujer, en lo que él no entendía un rábano.

Y una vez con todo preparado, única cosa que esperaba para apurar su matrimonio, Lucio se presentó á la defensoría de menores, preguntando cuando podía celebrar su matrimonio.

Esta es cuestión suya, amigo mío, le dijeron; la órden á la curia está dada, y no tiene más que presentarse á ella reclamando su cumplimiento.

Sin duda es lo único que allí esperan para expedir la autorización al cura que usted elija, y todo queda así arreglado y concluído.

Como Lucio observara el rigor con que en los Ejercicios inspeccionaban sus conversaciones con Cecilia, manifestó que sin una órden expresa no la dejarían salir de allí á casarse, dificultad que el juez de menores subsanó en el acto entregando á Lucio la órden que pedía.

«La superiora de la casa de Ejercicios permitirá la salida de la menor Cecilia Suero, para contraer matrimonio con el jóven portador, Lucio Baldovino, su prometido».

Con semejante autorización, Lucio creyó su asunto perfectamente terminado y sin esperar más se fué á la curia eclesiástica á reclamar la autorización de ésta al cura de su parroquia.

X

Como lo hemos dicho ya, aquí era donde Suero esperaba á Lucio para librar la última batalla, batalla de cuyo éxito estaba perfectamente seguro.

Jurando siempre por su famoso crucifijo de la cadena del reloj, Suero, aconsejado por su confesor, había asegurado al provisor general que los dos jóvenes eran hermanos, y que por un capricho del juez civil, se iba á cometer el crimen bárbaro de casarlos.

—Ellos son hermanos, repetía Suero entusiasmado, yo lo juro sobre mi Santo Dios y creo que la curia no permitirá que semejante crimen se consuma.

Los jueces humanos no pueden mezclarse en estas cosas que sólo la curia, juez divino, está llamada á resolver.

Pido entónces que no se cumpla lo mandado por el juez civil porque es una monstruosidad de la que vamos á responder todos ante Dios.

Y Suero, sin mas trámite exhibió ante la curia todas las pruebas de que había hecho uso ante el doctor Molina, pruebas que, vistas solas, sin las concluyentes demostraciones de Baldovino, daban una apariencia de verdad á todo cuanto Suero decía.

La curia se reunió en tribunal divino, el provisor

conferenció con Aneiros, Aneiros con el deán, el deán con el notario y se resolvió que no se debía dar cumplimiento á una órden tan descabellada y criminal.

—¿Á dónde hemos de ir á parar si acatamos y cumplimos semejantes órdenes? ¿qué, por qué un juez civil lo manda se ha de consentir en el matrimonio de dos hermanos?

Sería sentar un precedente enormísimo, del cual la Iglesia sería el único reponsable.

Esto es monstruoso, ni siquiera por fórmula se han pedido las dispensas: por lo menos la curia debe pedir el sumario y resolver lo que estime conveniente.

Así, hijo mío, dijeron á Suero, con resolución ilevantable, puede usted irse tranquilo, perfectamente tranquilo, que el crimen no se cometerá, felizmente usted ha avisado á tiempo y la Iglesia está en tiempo de impedir que se violen las más sagradas leyes divinas y de la naturaleza.

Suero se retiró poseído de la mayor alegría; ¿qué haría el juez civil desde que la curia se negaba á realizar el matrimonio?

No tendría más remedio que guardar silencio y devolverle á Cecilia para que él, en uso de la patria potestad hiciera de ella lo que quisiera, habiendo prometido al provisor que haría de ella una monja, para que de este modo pudiera conseguir el perdón de sus

pecados, del enorme pecado de haberse enamorado de su hermano y querer casarse con él aún contra la voluntad paterna.

Así, miéntras el inocente Lucio construía su nido, la órden de casarse con Cecilia dormía en sueño eterno en los empolvados cajones de la curia.

Cuando Lucio se presentó á su vez á pedir que la órden se cumpliera en el más breve plazo posible, sintió caerle encima la raspa más formidable que hayan escuchado oidos humanos.

¿Cómo te permites criminal miserable venir á exigirnos el cumplimiento de un crimen?

Ese matrimonio no lo puede autorizar la curia, porque él importa una violación de las leyes divinas y humanas: ¡retírese de aquí el impuro y tenga en adelante más temor de Dios!

Sorprendido con aquel recibimiento inesperado, Lucio no atinó á responder una sola palabra en el primer momento, y se retiró agoviado como con el peso de una montaña.

El pobre no entendía una palabra de legislación y creía que la voluntad de la curia era un escollo insuperable.

¿Quién lo había de querer casar si la curia se negaba á autorizar el matrimonio?

Felizmente Cecilia se hallaba en su poder, y en último caso iría á casarse á Montevideo.

Al salir de la curia se encontró con Suero, con Suero que sonreía alegremente y que al ver la desesperación de que era víctima concluyó de persuadirse que su triunfo era completo.

Y miéntras Lucio haciendo esfuerzos terribles por contener las lágrimas que agolpaban á sus ojos se dirigía á la defensoría de menores, él, radiante y satisfecho entró en la curia, donde el provisor le entregó una órden para que fuera á la casa de Ejercicios á recuperar á su hija que debía traer allí inmediatamente, para que recibiera también la raspa á que se había hecho acreedora.

Suero, en el colmo de la felicidad, y besando su crucifijo al que debía sus triunfos, tomó un carruaje y se dirigió rápidamente á la santa casa de Ejercicios, pero allí le esperaba un desengaño tanto más cruel como menos esperado.

Cecilia había sido entregada á su prometido Lucio Baldovino, por órden del juez de menores á cuya disposición estaba.

Suero creyó morirse de un ataque á la cabeza y presa de la mayor desesperación regresó á la curia.

Vaya usted tranquilo, le dijo el provisor, tan tranquilo como si nada hubiera sucedido, yo voy á pedir á la policía el secuestro de la menor, que le será entregada inmediatamente.

Nada se ha perdido entónces, pensó Suero, es cuestión de esperar un día más, y plenamente convencido de su triunfo se retiró á su casa.

Entre tanto Lucio, feliz ante las seguridades que le daba el defensor de menores, tomó el camino aconsejado por el doctor Pizarro.

Presentarse al mismo juez que había ordenado el matrimonio, reclamando contra la imperdonable desobediencia de la curia eclesiástica

XI

Ante tamaña insolencia, el secretario Raggio sintió el deseo de fulminar media docena de rayos sobre el palacio arzobispal.

Nunca se había visto la insolencia de la curia llevada al extremo, no sólo de desobedecer una órden terminante del juez, sino de contrariar los fallos de éste, mandando entregar la menor á la persona precisamente en cuyo poder el juzgado no quería que estuviese.

Y no sólo contrariaba las órdenes expresas del juzgado, sino que echaba por tierra un sumario entero, con sus resoluciones y su sentencia final.

El señor Raggio pasó un nuevo oficio á la curia, ordenándole el cumplimiento del anterior, á la brevedad posible, y haciéndole notar que había incurrido en una

falta grave, al negarse á cumplir el mandato terminante del juzgado.

La curia, ante el nuevo oficio, se irritó de una manera formidable, mandando pedir al secretario Raggio los autos en que tal resolución había caído, para que la curia los examinara, pues era una cuestión muy grave para proceder así no más y como quiera.

Fué necesario un nuevo oficio y una nueva ronca, para convencer á la curia que no debía mezclarse en aquel asunto, y limitarse á dar exacto cumplimiento á las órdenes emanadas del juzgado.

Suero quedaba así derrotado en aquella misma última instancia que él mismo se había preparado en un tribunal inferior.

La curia no tenía más remedio que librar la autorización pedida, y lo que es peor, sin retribución alguna, puesto que era cosa judicial y de menores.

Acordada la autorización necesaria, Lucio sólo trató de casarse para salir de una vez de trabajos y apuros, temiendo que el tenaz Suero, una vez que conociera el cura elegido, se entendería con él para ponerle algún nuevo tropiezo y hacerle perder un par de días más.

Así, se fué á ver resueltamente á Suero, tratando de atraérsele por el bien, ya que la cosa no tenía remedio y había perdido el pleito en su última instancia.

Yo me caso esta noche con Cecilia, le dijo, puesto que ya lo tengo arreglado.

Nunca ha sido mi intención separar á mi mujer de su familia, por el contrario, mi mayor ambición sería que viviéramos todos juntos.

Es preciso que usted se convenza que no ha tenido razón, que se ha equivocado como se equivoca cualquier hombre, y que una vez que reconoce su error lo confiese para ahorrarnos disgustos y ahorrárselos usted mismo, que nos tendría á todos á su lado para cuidarlo y quererlo.

¡Hoy somos nosotros sus hijos, y mañana serán sus nietos que alegrarán su hogar y le harán olvidar todas las miserias de la vida!

Es que va á caer sobre mí el mayor ridículo de este mundo, por todo lo que yo he hecho para impedir este enlace; se burlarían de mí y no faltaría quien me tratara de loco estúpido que había pleiteado un año para fallar yo mismo en contra mía.

Y acaso vale la pena el sacrificar la unión y la felicidad de la familia á la satisfacción del más miserable amor propio.

La felicidad vale mucho más que todo eso, señor Suero, y usted debe pensar en ella y dejar á un lado cuestiones de amor propio.

Desde que los jueces y hasta la curia misma ha con-

cluido por hallar una razón, debe hallármela usted también y contribuir así á nuestra felicidad que es la suya misma.

Yo no quiero tener más padrinos que ustedes mismos, que son los padres de mi mujer, lo que más amo en el mundo.

Doña Raimunda está conforme y desea acompañarnos á la iglesia siempre que usted se lo consienta.

¿Por qué entónces ha de ser usted solo que se oponga á nuestra felicidad y á nuestra alegría?

Cecilia misma, la pobre que no se atreve á ponerse delante de usted, porque sabe que está irritado, vendría feliz y contenta á pedir su bendición, porque á pesar de todo no ha dejado de amarlo un solo día.

Lucio le había sabido ganar el lado flaco, al extremo que Suero empezaba á enternecerse y á convenir consigo mismo que su yerno tenía razón y que él debía echar un velo sobre el pasado, olvidándolo todo, hasta las costas que le cobrara su abogado Norris.

Pero él no podía cantar la palinodia así, de un solo golpe y sin siquiera reflexionar un par de horas.

Bueno, puedes irte tranquilo, le dijo, tú no te casas hasta las ocho de la noche y desde ahora hasta entónces ya tendré tiempo de convencerme á mí mismo.

—Pero es preciso que usted me prometa no faltar, porque yo no voy á llevar padrino, no quiero que lo

sea ni mi padre mismo sino usted, usted será el padrino de los dos.

Está bien, retírate tranquilo que yo iré después que lo haya consultado con mi Santo Cristo.

Bueno, exclamó Lucio, convencido que había dado al diablo con los últimos escrúpulos de su suegro, ahora es preciso que usted dé el permiso á doña Raimunda para que sea nuestra madrina, cosa que ella desea de todo corazón.

Yo no me opongo á que Raimunda sea la madrina, que haga ella lo que quiera, que siempre estará bien hecho.

Sí, pero ella como consorte sumisa, necesita el permiso de usted que es el jefe de la familia cuya voluntad todos respetan y acatan.

Lucio, hábilmente, seguía halagando el amor propio del pobre hombre, para que éste, viendo la importancia que se le daba, allanara él mismo todas las dificultades que había puesto.

— Raimunda no se atreverá jamás á servirnos de madrina, si usted no le da el permiso que ella pide, de manera que sea dado sin la menor violencia.

La voluntad de su marido está para ella arriba de todo, y es capaz hasta de no volver á ver á su hija si cree que viéndola puede contrariar á usted.

— Está bueno, dijo Suero con infinita alegría, que

venga Raimunda y yo le daré á ella misma mi consentimiento, para que no tenga duda, en cuanto á mí, ya he dicho que no me atrevo á hacer nada, sin consultarlo antes con mi Santo Cristo.

Lucio había obtenido mucho más de lo que se atrevió á esperar por que él no había creído sacar á Suero sino el permiso de que Raimunda fuera la madrina, y tan bien había sabido tocarlo, que se encontraba con que el mismo Suero sería el padrino, pues éste iba á ser el indudable resultado final.

Lucio fué á las habitaciones de Raimunda, quién madre al fin, recibió con infinito placer la noticia que este llevaba.

Soy feliz, hijo mío, le decía, porque veo disiparse la negra nube que veía girar sobre nuestras cabezas, la disolución de la familia me aterraba, y el hecho de verme separada de mi hija era superior á mis fuerzas, yo no hubiera podido sobrellevar esta situación terrible y hubiera muerto en medio de la mayor desesperación.

En cuanto ella recibió el consentimiento y Suero le aseguró que se lo daba de corazón, Raimunda se trasladó á casa de Baldovino donde estaba su hija, á quien tenía un vehemente deseo de ver.

Suero les prometió que haría cuanto estuviera en su mano por complacerlos, pero que antes tenía forzosamente que consultarlo con su Santo Cristo.

Y efectivamente, así que se retiraron, su consorte y su yerno, sacó su Santo Cristo del bolsillo encerrándose con él y consultándole en alta voz su situación y pidiéndole lo amparara con sus consejos.

Sin duda el Cristo le aconsejó que olvidándolo todo fuera á servir á su hija de padrino, pues á la caída de la tarde Suero se trasladaba á casa de Baldovino y abrazaba á sus hijos con toda la efusión de su alma.

Desde aquel momento la felicidad empezó á brillar para todos, las dos familias comieron juntas en prueba de unión, una comida criolla y sencilla, se bendijo por todos y prévia pelada del Santo Cristo de Suero, el doctor Molina Arrotea y hasta su mismo secretario Raggio, y después de rociar el todo con bueno y abundante barbera del «Almacén del Paraíso», para que todo fuera celestial, se trasladaron á la iglesia de la parroquia, donde mediante los treinta pesos de tarifa, el cura los declaró marido y mujer y les hizo todas las cruces necesarias.

Así quedó consumada aquella boda que en su principio, y buscando los dos jóvenes la mejor manera de acercarse uno al otro, había dado lugar á la formación del más original y enredado de todos los procesos.

FIN

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

NALF

OCT 9 1936

4 Mar 49 AM
SENT ON ILL

JUN 0 4 1997

U. C. BERKELEY

LD 21-100m-8,'34

YD 43518
U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003335958
723140
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY